

**PIONEROS
DEL CAMINO
CELESTIAL**

T. Austin Sparks

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| 1. La realidad y la naturaleza del camino celestial..... | 4 |
| 2. La crisis entre lo terrenal y lo celestial..... | 11 |
| 3. Abraham: Un gran pionero..... | 19 |
| 4. Moisés..... | 25 |
| 5. El Jordán: Un cambio de situación..... | 34 |
| 6. El camino a la finalidad de Dios..... | 40 |
| 7. Tomando posesión de la heredad celestial..... | 50 |
| 8. El significado de los levitas con relación a la plenitud celestial..... | 58 |

Capítulo 1

LA REALIDAD Y LA NATURALEZA DEL CAMINO CELESTIAL

"¹³Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. ¹⁴Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; ¹⁵pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. ¹⁶Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad" (He. 11:13-16).

Algún tiempo antes de dar estos mensajes, deseando estar tranquilo y lejos de muchas cosas, me fui al campo con mucho afán por el Señor y por Su palabra. En las horas tempranas de la mañana, pareció como si los cielos se abrieran y todo cobrase vida. Todo se aclaró maravillosamente y se centró en una frase: «Pioneros del Camino Celestial». En realidad, esto resume los versículos que arriba se mencionan y, aunque pensemos y quizás digamos mucho sobre el camino celestial, nuestro interés principal va a ser la cuestión de la obra pionera en ese camino. Para empezar, es necesario que consideremos, hasta cierto punto, el camino celestial, pero, repito, es todo este enorme asunto de abrir ese camino que creo es la mayor preocupación del Señor y por tanto la nuestra, en este momento.

LA TIERRA RELACIONADA CON EL CIELO

La Biblia empieza con los cielos: *"En el principio creó Dios los cielos y la tierra"*. No la tierra y los cielos; los cielos vienen primero. La Biblia termina con la ciudad santa, la nueva Jerusalén descendiendo del cielo, de Dios (cfr. Apocalipsis 21:2). Lo mismo que el cielo se halla al principio y al final en la Palabra de Dios, de igual manera todo lo que está en medio, del principio al fin, es del cielo y para el cielo. Como es en la esfera natural, así es en la espiritual. Los cielos gobiernan la tierra y lo terrenal, y lo terrenal tiene que responder a lo celestial. Son los cielos, es el cielo que será a lo último. Todo tiene que estar a la luz del cielo, responder al cielo, salir del cielo. Eso es la suma de la palabra de Dios, el contenido entero de las Escrituras.

Esta tierra no está sola y sin relación. Ella es ciertamente objeto de gran interés celestial. En el universo, las cosas más grandes han tenido lugar tal vez en esta tierra. Dios vino aquí en carne, vivió aquí, se dio a sí mismo por este mundo; el gran drama de los consejos eternos tiene que ver con esta tierra. Cualquiera que sea su importancia en el designio divino, no está, sin embargo, aparte, sola; está relacionada con el cielo. Todo su significado es a causa de esa relación. La tierra toma su importancia y significado por estar relacionada con algo más grande que ella: con el cielo.

La Biblia enseña que: *"Dios está en el cielo"* (Eclesiastés 5:2). Esa es la declaración. Enseña que hay un sistema, un orden en el cielo que es el verdadero y el último. Al final, la reproducción de un orden celestial en esta tierra, será la culminación de todos los consejos de Dios. Cristo bajó del cielo y volvió al cielo. El cristiano, como hijo de Dios, nace del cielo y tiene su vida centrada en el cielo; y su vida culminará en el cielo.

La Iglesia, esa obra maestra de Dios, es de origen celestial, de llamamiento celestial y de destino celestial. En todas estas cosas y en muchas otras, *"el cielo gobierna"* (Daniel 4:26). El cielo, este gran factor, gobierna todo.

LOS HIJOS DE DIOS RELACIONADOS

CON EL CIELO

En cuanto a nosotros, si somos hijos de Dios, toda nuestra historia y formación están relacionadas con el cielo. Éste es uno de los temas que es necesario que sigamos ahora con todo detalle, hasta el final. Pero digamos y reconozcamos en seguida que nuestra historia y educación entera, como hijos de Dios, están relacionadas con el cielo; y con esto no quiero decir simplemente que vamos al cielo. Estamos relacionados, *"emparentados"* con el reino de los cielos por nacimiento, subsistencia y vocación eterna. Toda nuestra educación, he dicho, está relacionada con el cielo. Todo lo que usted y yo tenemos que aprender es: cómo se hace la voluntad de Dios en el cielo; qué es lo que el Señor quiso decir cuando dijo: *"Hágase tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra"*. Éste es un importante fragmento, detallado y completo, que cubre toda la educación de un hijo de Dios, ya que esta oración empieza con: *"Padre nuestro que estás en los cielos"* (Mateo 6:9). Pues como están las cosas en el cielo, así deben estar aquí; pero supone una vida entera de educación, de profunda y enérgica formación, en consonancia con el cielo.

En el tiempo del Nuevo Testamento, la Biblia de los cristianos era el Antiguo Testamento. Cuando en el Nuevo Testamento leemos acerca de las Escrituras: *"para que la Escritura se cumpliera"*, *"como dice la Escritura"*, y así, sucesivamente, se referían al Antiguo Testamento. La única Escritura, la única Biblia de los primeros cristianos, de los cristianos de las primeras décadas, era el Antiguo Testamento. No tenían todavía nuestro Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento era para ellos la Biblia. Recurrían a él, se referían a él, tomaban de él y lo utilizaban de continuo para ilustrar con ejemplos la experiencia espiritual de los cristianos. Es así en la epístola a los Hebreos que justamente citamos al principio, la cual está llena del Antiguo Testamento, desde el comienzo hasta el fin. En esta epístola, el Antiguo Testamento se utiliza sin cesar, para ilustrar y exponer el significado de la vida espiritual del cristiano.

UNA PEREGRINACIÓN RELACIONADA

CON EL CIELO

Lo que encontramos a todo lo largo del Antiguo Testamento, es una peregrinación; una peregrinación con relación al cielo. Volvamos al principio. La intención divina en la creación era que hubiese armonía entre el cielo y la tierra, de manera que Dios pudiese estar aquí, en este mundo, a gusto, contento, y hallar reposo tan exactamente como en Su cielo. Él lo hizo para Su placer, lo hizo para sí. Lo hizo para poder venir e irse enteramente satisfecho, reposado y gozoso. Lo primero que vemos es que Dios se complace en venir al mundo que Él había creado. Él lo hizo, era Su obra, y se nos dice que reposó cuando lo hizo. Halló Su reposo estando aquí, en Su creación.

Pero desde la tragedia de la caída, el cielo y la tierra han perdido su armonía; ahora están en desacuerdo. Este mundo está en conflicto con el cielo. Todo cambió aquí, en esta tierra. Hasta ahora, a Dios no le agrada estar en este mundo o venir a él. Su

presencia aquí no es en plenitud, está como testimonio. Como testimonio de que éste es su legítimo lugar, como testimonio al hecho que: «*De Jehová es la tierra y su plenitud*» (Salmo 24:3), como testimonio de que la hizo para Su propio placer. Pero aquí Dios está solamente como testimonio, como prueba. Él ha de tener ese testimonio, pero no está aquí ahora en plenitud. En un sentido muy real y en sumo grado, Dios está fuera de este mundo; hay conflicto entre el cielo y el mundo, y aun cuando haya testimonio aquí, ese mismo testimonio está aquí y no es de aquí. Es de fuera. La vasija misma del testimonio de la presencia de Dios es algo que no es de aquí. Aquí no tiene morada, aquí no tiene ciudad. Está «en» pero no es «de». Es extraña a este mundo. Así ha sido desde la caída.

Ahora bien, la historia entera de los instrumentos asidos divinamente para ese testimonio, sean individuales, sean corporativos, es la historia espiritual de la obra pionera con relación al cielo. ¿Es que lo hemos comprendido? Déjenme repetirlo. La historia entera de los vasos individuales o corporativos, divinamente escogidos y asidos para el testimonio de Dios, es la historia de los pioneros abriendo un camino, abriéndose paso a través de él, haciendo algo que era nuevo para este mundo; abriendo un nuevo camino, haciendo nuevos descubrimientos con relación al cielo. Pioneros de un terreno celestial. ¡Cuánto encierra una declaración así! Veamos algunas características de esta vocación pionera.

1. PARA ESOS PEREGRINOS EL CENTRO DE GRAVEDAD ESTÁ EN EL CIELO

En primer lugar, aquellos a los que el cielo ha llamado y asido para servir al propósito celestial, hallan que interiormente su centro de gravedad ha cambiado de manera espiritual y se ha trasladado de este mundo al cielo. Hay por dentro un sentimiento profundamente asentado de que en verdad no somos de aquí, de que este mundo no es nuestro lugar de reposo, no es nuestro hogar y no es éste nuestro centro de gravedad; no nos atrae interiormente. Dentro del espíritu del pionero hay este sentido de conflicto con lo que está aquí, por estar en desacuerdo con él y no poder aceptarlo. Repito: interior y espiritualmente, el centro de gravedad se ha trasladado de este mundo al cielo. Es un conocimiento innato y es lo primero en este llamamiento celestial; el primer efecto, el primer resultado de nuestro llamamiento de arriba. Más tarde hablaremos de eso.

Y por esto lo podemos comprobar. Claro que es cierto del más sencillo hijo de Dios. El primer conocimiento de uno que en verdad ha nacido de arriba, es que el centro de gravedad ha cambiado. En lo interior, nos hemos trasladado, de algún modo, de un mundo a otro. En lo que hasta ahora hemos estado relacionados por naturaleza, de algún modo ya no nos retiene, ya no es nuestro mundo. Digámoslo como queramos, ése es el sentimiento y, a menos que sea así, hay algo muy dudoso sobre cualquier profesión de fe en el Señor Jesús. Este sentimiento innato de un nuevo centro de gravedad tiene que aumentar y seguir aumentando. De todas maneras, se nos hace cada vez más imposible aceptar este mundo. De nuevo digo que es una prueba de nuestro progreso espiritual, de nuestra peregrinación y adelanto en ella. Pero eso, después de todo, es elemental.

2. DESCONOCEMOS POR NATURALEZA

EL TERRENO CELESTIAL

Además, ese otro terreno –la conciencia de lo que ha entrado en nuestros corazones, la atracción hacia lo que ha comenzado en nuestro espíritu–, es un mundo que por naturaleza nos es totalmente desconocido. Para la naturaleza es otro terreno del todo diferente, nada familiar, inexplorado. No importa cuántos han ido por él antes que nosotros, no importa cuántos hay que han empezado en ese camino y lo mucho que han andado en él, para cada individuo es por entero un mundo nuevo, que sólo se puede conocer por experiencia. Podemos sacar valores de la experiencia de otros y agradecer a Dios por todos esos valores, pero con todas sus experiencias no pueden hacernos adelantar un solo paso en ese camino. Para nosotros es nuevo, absolutamente nuevo y extraño. Hemos de aprenderlo todo, desde el principio.

Esto hace que el trabajo del pionero sea siempre un camino solitario. Nadie nos puede transmitir una herencia. Tenemos que obtener nuestra propia herencia en ese mundo, extraño y desconocido, que exige una constitución fundamentalmente nueva, según ese mundo, con capacidades que no se poseen por naturaleza. Ningún hombre, por sus esfuerzos, puede descubrir los secretos de Dios (cfr. Job 11:7); no tenemos la capacidad, nos tiene que venir del cielo. Hemos de llegar al conocimiento de todas las cosas nosotros mismos, llegar a conocer a Dios nosotros mismos, en cada detalle de Su complaciente relación con el corazón humano.

La luz puede venir por el testimonio, puede venir a través de las Escrituras; la ayuda puede venir por medio del consejo, la inspiración nos puede venir de aquellos que han conseguido abrirse camino y se han adelantado, pero, mirándolo bien, tenemos que poseer nuestra propia parcela espiritual en el terreno celestial; dominarla, cultivarla y explotarla. Sabemos que es verdad, que vamos por ese camino en la vida espiritual, teniendo que descubrirlo nosotros mismos. ¡Oh cómo anhelamos que alguien pueda tomarnos y ponernos en lo útil de su experiencia! El Señor nunca lo permitirá. Si en realidad estamos en el camino celestial –si no hemos sólo empezado y nos hemos sentado o hemos abandonado–, que estamos avanzando en ese camino, todos somos pioneros. En él habrá valores en los que otros entrarán porque hemos abierto el camino, pero hay el sentimiento de que cada uno, por muy atrás que esté, tiene que hacer descubrimientos por sí mismo, y es mejor así. En la vida espiritual, nada hay, finalmente, de segunda mano.

3. SER PIONERO IMPLICA COSTO Y CONFLICTO

Así llegamos a la tercera característica de este trabajo pionero. Todo lo que sea abrir camino, está lleno de grandes esfuerzos y sufrimientos. Por ser un recorrido o camino espiritual, su costo es antes que todo interior.

Perplejidad – Sí, perplejidad. He estado leyendo una traducción de un mensaje de nuestro hermano Watchman Nee, en el que dice: «Hubo un tiempo en que, teniendo muy alta idea de la vida cristiana, pensaba que estar perplejo era muy impropio de un cristiano; era impropio estar abatido; era impropio estar desesperado. ¿Qué clase de cristiano es ese? Más cuando leí que Pablo dijo estar perplejo, atribulado y desesperado, fue un problema real para mí, a la luz de lo que yo mismo había enseñado que un cristiano debía ser. Pero tuve que ver que no había nada impropio, después de todo». Sí, un cristiano, un cristiano tal como el apóstol Pablo, perplejo, abatido y desesperado. Ése es el camino de los pioneros.

¿Qué implica la perplejidad? Implica una necesidad de capacidad o de comprensión en algún terreno, en el que por ahora no hay ninguna. Hay un terreno que está fuera de nuestro alcance. No significa que vayamos a estar siempre perplejos en la misma medida, acerca de la misma cosa. Pasaremos de nuestra perplejidad sobre este asunto y comprenderemos; pero en cierta medida habrá al fin perplejidad, sencillamente porque el cielo es más grande que este mundo, más que esta vida natural, y tenemos que crecer cada vez más. La perplejidad es la porción de los pioneros.

Debilidad – El hermano Nee pregunta: «¿Un cristiano con debilidad y confesando ser débil? ¿Qué tipo de cristiano es ese?» Pablo habla mucho sobre la debilidad y acerca de su propia debilidad, significando, por supuesto, que hay otra clase *de fuerza*, que no es nuestra propia fuerza y que tenemos que descubrir. Algo que no conocemos de modo natural. Es el camino de los pioneros: llegar a una sabiduría que está fuera de nuestro alcance y que de momento significa perplejidad; llegar a una fuerza que está por encima de nosotros y que en nosotros significa por ahora, debilidad. Estamos aprendiendo, eso es todo. Es el camino del pionero, pero es costoso. El costo es interior, así, de muchas maneras.

Pero mientras es interior, lo es también exterior. La carta a los Hebreos está precisamente llena de estos dos aspectos de la peregrinación. « *...todos estos.... confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra*» (Hebreos 11:13). Era de un viaje espiritual, de una transición de lo terrenal a lo celestial, que el apóstol escribía. Había un aspecto interior. Pero había para ellos el aspecto exterior, y es lo mismo para nosotros. La tendencia entera de la naturaleza, si se deja por sí sola, es descendente. Dejen las cosas por sí solas y se irán hacia abajo, en toda naturaleza. ¿No es verdad? Un bello jardín se volverá en poco tiempo una salvaje desolación y un caos, si no interviene mano que lo levante, que ponga orden en él. Y esto en nosotros es cierto, de un modo espiritual. Hay la tendencia hacia la tierra, el querer siempre instalarse, el querer siempre acabar con el conflicto y la lucha, el querer siempre salir de la atmósfera de tensión en la vida espiritual. Toda la historia de la Iglesia es una larga historia de esta tendencia a establecerse en esta tierra y a conformarse a este mundo, a encontrar aceptación y popularidad aquí, y a eliminar el elemento de conflicto y de peregrinación. Es la orientación y la tendencia de todo. Así pues, por fuera como por dentro, el abrir camino es algo costoso. Nos enfrentamos con la orientación religiosa de las cosas.

Veamos de nuevo esta epístola a los Hebreos. La inclinación era hacia atrás y hacia abajo, hacia la tierra. Era hacer del cristianismo un sistema religioso terrenal, con todas sus exterioridades, su formulismo, sus ritos, su ritual, sus vestiduras, algo aquí para que sea visto y responda a los sentidos. Para esos cristianos era una gran atracción, gustaba mucho a sus almas, a su naturaleza; y la carta está escrita para decir: «Dejemos esas cosas y sigamos adelante. Somos peregrinos, somos extranjeros, lo que importa es lo celestial». Recordemos ese importante párrafo en el que se nos dice que nos hemos acercado a la Jerusalén celestial (cfr. Hebreos 12:18-24).

Pero tropezarse con el sistema religioso que se ha establecido aquí, es un sufrimiento y es costoso. A veces siento que es mucho más costoso que tropezarse con el mundo mismo. El sistema religioso puede ser más inhumano, más cruel y amargo. Puede ser impulsado por todas esas cosas mezquinas, despreciables, prejuicios y sospechas que ni siquiera se encuentran en las personas decentes en este mundo. Es costoso seguir adelante hacia lo celestial, es penoso; pero es el camino del pionero, y

está resuelto que sea así. En esta carta está la frase: «*Salgamos, pues, a él, fuera del campamento llevando su oprobio*» (He. 13:13). Les dejo determinar a qué campamento se refiere aquí; no es el mundo. «*Fuera del campamento*» significa ostracismo, sospecha.

«*En la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, creyéndolo y saludándolo*». ¿No es ésta la visión del pionero, siempre mirando, creyendo y saludando de lejos, aun cuando el día en que se realice esté más allá de esta vida? «*y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria, pues si hubieran estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos*». Dios no se avergüenza de los que son peregrinos que caminan con Él para Su propósito. Los llama los suyos. Él se llama Dios de ellos y «*les ha preparado una ciudad*» (Hebreos 11:13-16).

Es un maravilloso resumen, cuando se piensa en ello. «*Todos estos*». ¡Qué «todo» más amplio! Incluyéndolos a todos, se dice de ellos que habían visto algo y, hasta su último día y su último suspiro en esta tierra, no podían pararse porque habían visto. Seguían siendo peregrinos, nunca descansaban. Era en ellos la llamada de lo invisible. Es algo que nos ha de venir del cielo, a fin de llevarnos al cielo. ¿Lo tenemos? Bueno, como veremos, esa es la llave de todo, lo explica todo. ¡Bendito sea Dios por ello y que muchos más del pueblo del Señor lo conozcan en mayor poder! Es la garantía de que todo lo que hay en nosotros de anhelo, de ansia y de búsqueda, que nace del Espíritu de Dios, se va a realizar.

¿Tenemos hambre? ¿Estamos anhelantes? ¿Estamos insatisfechos? Esto mismo predice que está por venir. ¿Estamos contentos? ¿Nos hemos instalado? ¿Es nuestra visión corta y estrecha? ¿Podemos seguir simplemente aquí? ¿Podemos aceptar las cosas como están? Muy bien, quedaremos ahí, no iremos muy lejos. Dios se llama el Dios de aquellos que son peregrinos. Él es el Dios de los peregrinos. Quitemos de nuestra mente toda idea de una peregrinación en el sentido literal, o si se quiere, de un cielo literal. Yo no sé dónde está el cielo, pero sé que hay un orden celestial de cosas y sé que cada día de mi vida estoy siendo tratado para eso. Dejemos, pues, el aspecto literal y veamos el espiritual, el cual es muy real, y pidamos al Señor que ponga poderosamente en nosotros este espíritu de peregrinación.

Vendrá un tiempo, a medida que avancemos, cuando todo lo que, en un momento de nuestra vida espiritual, considerábamos tan maravilloso que pensábamos haber llegado al máximo, que lo hallaremos de poca importancia y lo recordaremos como meramente infantil. De cosas que éramos capaces de leer entonces y con las que nos alimentábamos, diremos: ¿Cómo podíamos en alguna manera encontrar algo en eso? No me entiendan mal, no hay nada malo en ello; eso está bien para los que han llegado a ese punto. Pero hemos seguido adelante y debemos tener algo más. Debemos crecer todo el tiempo, yendo más lejos. Debemos ser personas de más lejos. Éste es probablemente el significado de la palabra "Hebreo". A esta epístola se la llama la Epístola a los Hebreos. En ella se nos habla de peregrinos y extranjeros. Si la palabra "Hebreo" significa una persona de más lejos, pues bien, nosotros somos personas de más lejos; nuestro hogar y nuestra atracción están más lejos. Somos aquí peregrinos, peregrinos de más lejos.

El Señor haga que esto sea provechoso, que por una parte nos saque de todo letargo

o falso contentamiento o indebido anhelo por alcanzar aquí un objetivo, y por otra parte guarde nuestros ojos y nuestros corazones con aquellos que han abierto camino antes, mirando y saludando, y, si fuera necesario, muriendo en la fe.

Capítulo 2

LA CRISIS ENTRE LO TERRENAL Y LO CELESTIAL

"¹Y Jehová habló a Moisés, diciendo: ²Envía tú hombres que reconozcan la tierra de Canaán, la cual yo doy a los hijos de Israel; de cada tribu de sus padres enviaréis un varón, cada uno príncipe entre ellos. ³Y Moisés los envió desde el desierto de Parán, conforme a la palabra de Jehová; y todos aquellos varones eran príncipes de los hijos de Israel" (Números 13:1-3).

"¹⁷Los envió, pues, Moisés a reconocer la tierra de Canaán, diciéndoles: Subid de aquí al Neguev, y subid al monte, ¹⁸y observad la tierra cómo es, y el pueblo que la habita, si es fuerte o débil, si poco o numeroso; ¹⁹cómo es la tierra habitada, si es buena o mala; y cómo son las ciudades habitadas, si son campamentos o plazas fortificadas; ²⁰y cómo es el terreno, si es fértil o estéril, si en él hay árboles o no; y esforzaos, y tomad del fruto del país. Y era el tiempo de las primeras uvas. ²¹Y ellos subieron, y reconocieron la tierra desde el desierto de Zin hasta Rehob, entrando en Hamat. ²²Y subieron al Neguev y vinieron hasta Hebrón; y allí estaban Ahimán, Sesai y Talmi, hijos de Anac. Hebrón fue edificada siete años antes de Zoán en Egipto. ²³Y llegaron hasta el arroyo de Escol, y de allí cortaron un sarmiento con un racimo de uvas, el cual trajeron dos en un palo, y de las granadas y de los higos" (Números 13:17-23).

"²⁷Y les contaron, diciendo: Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel; y este es el fruto de ella. ²⁸Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas; y también vimos allí a los hijos de Anac. ²⁹Amalec habita el Neguev, y el heteo, el jebuseo y el amorreo habitan en el monte, y el cananeo habita junto al mar, y a la ribera del Jordán. ³⁰Entonces Caleb hizo callar al pueblo delante de Moisés, y dijo: Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos. ³¹Mas los varones que subieron con él, dijeron: No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros. ³²Y hablaron mal entre los hijos de Israel, de la tierra que habían reconocido, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra que traga a sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella son hombres de grande estatura. ³³También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos" (Números 13:27-33).

"¹Entonces toda la congregación gritó, y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche. ²Y se quejaron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y les dijo toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ³¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto?" (Núm. 14:1-3).

Hemos estado considerando la realidad y la naturaleza del camino celestial. La Biblia empieza con la creación de los cielos y el gobierno de los cielos. Termina con la aparición de lo que el cielo ha formado, conforme a los principios celestiales: la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que desciende del cielo, de Dios, cumpliéndose esta palabra que hemos leído en Hebreos 11:16 : "*Dios les ha preparado una ciudad*".

EL CHOQUE ENTRE LO TERRENAL Y LO CELESTIAL

Recordemos aquí que, a cada etapa, una característica del Antiguo Testamento es el choque y contraste de dos mundos, de dos órdenes: lo celestial y lo terrenal. A través de todo el Antiguo Testamento tenemos este elemento del cielo, desafiando este mundo y asiendo de él a los que sacará y constituirá según su propio orden y naturaleza celestial. No se requiere un conocimiento muy profundo del Antiguo Testamento para confirmarlo; echen mentalmente un vistazo rápido a su historia y reconocerán que se está todo el tiempo en presencia de un choque, de un conflicto: es este conflicto entre cielo y tierra. El cielo no está satisfecho con este mundo, muy al contrario. El cielo está en contra de lo que hay aquí en este mundo. Pero el cielo está procurando sacar lo que pueda de este mundo, para reconstituirlo de acuerdo con sus propios principios. Así, mientras encontramos la oposición del cielo, el desafío del cielo, encontramos al mismo tiempo, desde el comienzo, como si el cielo estuviera agarrando a gentes –un linaje de individuos y una nación–, a fin de separarlos del mundo –aunque aquí, en él–, y por un profundo proceso hacer de ellos un tipo, una clase de personas para los propósitos celestiales, diferentes por completo de todas las demás.

Los hombres del Antiguo Testamento eran *pioneros* del camino celestial. Ya hemos visto un poco de lo que eso implica, pero es sobre ese punto particular que queremos concentrar ahora toda nuestra atención. No solamente que hay un camino celestial, el cual es diferente, eso lo sabemos, lo conocemos en nuestros corazones si hemos nacido de arriba; estamos aprendiendo, a medida que avanzamos, lo diferente que es el camino celestial de cada camino. Pero el punto central en este momento es que hay una cosa como el *explorar, el abrir camino* en ese camino celestial, *siendo llamados a una relación con el cielo*, a fin de abrir paso, tomar posesión, hacer posible que todo el propósito de Dios se comprenda, se interprete. Un ministerio para otros que seguirán. Dijimos antes, que en todo nacido de arriba hay el sentimiento de que es un pionero, porque para todos y para cada uno el camino es nuevo. Camino que sólo ellos pueden seguir; nadie puede hacerlo por ellos. Es un camino nuevo para cada uno. Es del aspecto de esta vocación que nos ocupamos ahora.

La mayoría de los hijos de Dios conocen, sin duda, muy poco del camino celestial. La cristiandad organizada se ha vuelto muy ampliamente una cosa terrenal, con normas, concepciones y recursos terrenales. Por consiguiente, se ha quedado muy limitada espiritualmente. Comparado con los cielos, este mundo es una cosa pequeñísima. Lo es igualmente en sentido espiritual. El reino de los cielos es una cosa inmensa, mucho más grande que todo lo que el hombre puede concebir. Como los cielos son más altos, superior a la tierra en extensión, así los pensamientos de Dios exceden a todas las concepciones terrenales. Es sólo cuando nos alejamos de esta tierra, que nos damos cuenta por un lado de lo miserablemente pequeños que somos, y por otro en qué terreno mucho más grande es posible moverse del que nos movemos en realidad. Quiero decir, espiritualmente. La necesidad más grande, hoy día, es que el pueblo de Dios, la Iglesia de Dios, entre en posesión de su legítima posición celestial, con su visión y vocación celestiales.

Ahora bien, hay mucho en esa afirmación, pero todo esto significa que alguien, algunas personas, tienen que abrir camino para que la Iglesia dé nuevamente marcha atrás, al terreno donde estuvo una vez al principio, al terreno que ha perdido al

sucumbir en esa persistente tendencia hacia la tierra. Digo que se necesita un instrumento que abra camino, y, el camino es costoso.

Repito que los hombres del Antiguo Testamento eran pioneros del camino celestial. Es lo que explícitamente declara el escritor de esta epístola a los Hebreos, en particular en el pasaje que leímos. El cielo tiene sus bases y normas propias que la tierra no puede proporcionar. Una de las grandes palabras claves del Antiguo Testamento es "*santificar*". Santificar significa separar, hacer santo, consagrar, poner aparte, y por lo general esto es un asunto espiritual e interior que divide el cielo y la tierra. Dios ha dividido el cielo y la tierra, los ha separado. Esta separación debe haberla también interiormente, de manera espiritual. Así, hallamos que estos hombres del Antiguo Testamento fueron puestos aparte, en el sentido de que algo ocurrió, en el centro mismo de su ser, que los separó de este mundo y los llevó a un camino, a un modo de vivir que era del todo diferente y contrario al de este mundo. Si bajo presión, tirantez, por la decepción, inadvertidamente, consciente o de manera inconsciente tocaban esta tierra, quedaban en seguida confusos; sabían al mismo tiempo en lo íntimo de su ser, que estaban fuera del camino, y lo único que tenían que hacer, de una manera o de otra, era volver. Lo vemos una y otra vez. El cielo daba testimonio en contra de la posición de ellos; se encontraban en un apuro. Hasta que no volvían, no podían seguir adelante. Eran guiados por otra norma. Pero esa norma ¡cuán diferente y difícil era de comprender!

Consideren a Caín y Abel. Desde el punto de vista de este mundo, la manera de proceder de Caín era muy digna. Según el hombre religioso de este mundo, es difícil ver qué había de malo en Caín o cuánta más razón tenía Abel o cuánta razón tenían o equivocados estaban los dos. Pero el resultado nos enseña hasta qué punto Abel estaba en lo verdadero. Uno pasó al cielo. Éste es el hecho. Llegó a Dios y al cielo, y el otro tuvo un cielo cerrado y un Dios que lo rechazó.

Ustedes dirán: ¿Cuál es la norma? Ni más ni menos que la diferencia entre cielo y tierra; eso es todo. La base del cielo y norma de acceso son del todo diferentes a los de la tierra; hasta del mundo religioso. El hombre religioso puede tener el mismo Dios, rendir culto al mismo Dios, traer su ofrenda al mismo Dios y, sin embargo, no lograr ningún acceso al cielo, ninguno en absoluto en el camino celestial. El cielo tiene su base, norma y provisiones propias, y la tierra ni puede hallarlas ni facilitarlas. Es diferente. Esa es la verdad, que nos oponemos cuando se trata de acercarnos al cielo. No estoy hablando de una localidad geográfica sino de llegar a Dios, encontrando un camino abierto según el cielo. Podemos venir únicamente con lo que el cielo mismo ha provisto, y esto perturbará todos nuestros propios cálculos naturales. Tenemos que encontrar algo que la naturaleza no puede dar. Si resolvemos esto como Caín, según el raciocinio religioso, y venimos sobre esa base, no iremos a ninguna parte. *«Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella»* (He. 11:4). El cielo dio testimonio.

No me estoy ocupando de toda la naturaleza y detalle de estas cosas. Estoy indicando un hecho: que las normas y las apreciaciones del cielo son del todo diferentes. Nos van a desconcertar por entero, si procuramos, incluso de una manera religiosa, venir al cielo. Nicodemo puede ser la representación más perfecta del sistema religioso, pero no puede llegar a ninguna parte en lo que al cielo respecta. El cielo mismo provee para acceder a él y se ha de tener la provisión del cielo. Podemos hacernos mil preguntas, pero ésta es la realidad.

LOS PIONEROS SON LÍDERES

Volvamos ahora a nuestra lectura del libro de Números. Es el momento en que van a enviar a los espías. Dos hombres, Josué y Caleb, son el centro de todo el suceso. Noten ahora que los doce príncipes escogidos de cada tribu paterna –"*príncipes de los hijos de Israel*" (término significativo), hombres típicamente representativos–, fueron llamados para ser pioneros del camino celestial. Debían ser pioneros; ésta es la base de su rango y cargo de jefe. Usted es un líder si es un verdadero pionero, un príncipe en carácter. Pero solamente dos de ellos justificaron su llamamiento. Sólo dos de ellos fueron pioneros, lo que todos se suponía debían ser. Es así muy a menudo. Es la minoría que hace el trabajo. Los otros llevan el nombre, tienen el cargo oficial, pero no lo hacen.

UN ENLACE CON EL PASADO

Pasemos ahora algún tiempo, teniendo en cuenta lo que estos dos hombres, Josué y Caleb, representan. Para empezar, los miraremos como un enlace con el pasado. En el pacto de Dios con Abraham, ellos entendieron la intención de Dios. Miremos hacia atrás y hagamos una nueva apreciación de la significación de Abraham, según estos dos hombres lo entendieron; porque el momento en que Josué y Caleb aparecieron, era un momento muy crítico, una hora de crisis muy grande. Toda la cuestión era entonces: ¿Se va a llevar a cabo el propósito de Dios en este pueblo, o no? Eso no es un problema pequeño. Una verdadera crisis había surgido y *ellos* eran el factor decisivo.

Nosotros estamos hoy en una posición mucho más ventajosa. Acerca de Abraham tenemos el pleno significado por medio del Espíritu Santo. Tenemos nuestro Nuevo Testamento y todo lo que dice de Abraham. Tenemos toda la revelación a través del apóstol Pablo; no tenemos que volver al Antiguo para nuestro conocimiento. Con nuestro Nuevo Testamento en mano, podemos ver ahora todo lo que Abraham representa. En este aspecto tenemos mucho más luz.

I. UNA SIMIENTE

A) ESPIRITUAL Y CELESTIAL

En primer lugar hay la característica de una simiente espiritual y celestial. Comprendan esto: una simiente espiritual y celestial. Vemos cómo eso se refiere a Josué y a Caleb. Pero esa otra simiente de Abraham, no es espiritual y no es celestial. Se ha reducido a la tierra. En estos capítulos 13 y 14 de Números que hemos leído, ¡cuán groseras eran las reacciones de este pueblo, cuán terrenales, cuán carentes de visión espiritual, de vida y de aspiración! Se inclinaban enteramente por lo terrenal, por lo que los ojos ven, por las cosas de aquí, las dificultades, la gente, las montañas. Para ellos no había ningún camino. Para Josué y Caleb las montañas eran un camino, no un obstáculo. Había un camino celestial. Pero estos otros no veían nada de eso, eran terrenales.

Una simiente espiritual y celestial, ese es el pensamiento de Dios en Abraham que el Nuevo Testamento nos aclara.

B) EXCLUSIVA

Pero ¿cuánta más luz hemos obtenido? Que era algo exclusivo. Pablo lo dice sin rodeos en su epístola a los Gálatas: *"Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno"* (Gá. 3:16). Era exclusivo. Veremos dentro de un momento adonde llevó esto. Pero noten que, por lo que a Abraham se refiere, esto estaba atado inseparable y exclusivamente con Sara. En aquellos tiempos le era lícito a un hombre tener más de una esposa, pero Dios guardaba esta promesa para con Sara. Bajo la influencia y la coacción, Abraham procuró esta descendencia de otra manera, por otros medios: con Agar. Pero aquí está uno de esos puntos del que hablaba un poco antes: una falla, un desliz, un error, una equivocación, bajo la prueba, la presión, la coacción, saliéndose de la línea celestial y, lamentándolo; y la historia lo ha lamentado hasta hoy. Tenía que volver a Sara. Es un asunto exclusivo. Agar no, otras no, *ésta*.

II. SOBRENATURAL

A) DE NACIMIENTO

Esta simiente lleva todas las marcas de lo celestial. Es de nacimiento sobrenatural, imposible según la naturaleza. Esto es Isaac. Pero Abraham estaba cerrado a eso, cerrado a una intervención del cielo. A menos que el cielo se encargara, no podía haber una existencia y aun menos una historia. Dios era muy exigente en eso. A veces Dios nos muestra cuán exigente es en lo que es justo y bueno, permitiendo que veamos la atrocidad del mal. Lo que está mal, un traspies, un descuido, Dios no lo deja así como así. Por un mal paso nos atormentamos a veces hasta el fin de nuestras vidas. Dios mantendrá eso, para que veamos que el camino recto es un camino importante, que no es simplemente una opción. Lo celestial es el camino, y no está permitido que se opte por cualquier alternativa, como si no tuviera importancia. Descubrimos que de verdad la tiene; y así era aquí. El cielo tiene que hacerlo, o nunca se hará, porque está en el camino celestial. ¡Cuánto tenemos que aprender y estamos aprendiendo sobre ese principio! Explica mucho de lo que sucede en nuestras vidas: Dios se está ocupando de nosotros.

B) DE SOSTENIMIENTO POR EL PRINCIPIO DE MUERTE Y DE RESURRECCIÓN

No sólo era Isaac un producto celestial porque el cielo intervino mediante un milagro, sino que Dios hace hincapié en ese derecho a través de un ultimátum, al reclamar que se ofrezca Isaac como sacrificio. Isaac nació por un milagro, por la intervención del cielo, pero algo más debía hacerse todavía. Tenía que morir y resucitar de los muertos. Este extraordinario poder de Dios tenía que mostrarse ratificándolo. Lo que Pablo dice en Romanos 1: 4: *"que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos"* podría bien traducirse: *"que fue ratificado Hijo de Dios... por la resurrección..."*; y eso es Isaac: ratificado celestialmente.

En esto hay mucho de nuestra propia historia espiritual. No sólo hemos nacido de nuevo por un milagro e intervención del cielo, sino que se ha de ratificar durante todo

el camino. Dios exige que se sostenga por medio de la vida de resurrección; y la vida de resurrección no tiene ningún significado a menos que conozcamos algo de la muerte. Dios nos guarda en un terreno celestial. Ese es el significado de Isaac. No solamente nos pone Dios en un terreno celestial, sino que nos guarda en ese terreno, mediante constantes expresiones de resurrección, cuando sólo la resurrección puede salvar la situación.

Después de todo, no importa lo que fue el comienzo de nuestra vida cristiana –la maravillosa experiencia de nuestra conversión, cuándo y dónde sucedió, que podemos escribir en un cuaderno–, eso puede ser bueno, pero tiene que ser ratificado continuamente por la expresión de la resurrección. Hemos de ser guardados en ese terreno y ese es el camino pionero. La manera de explorar el camino celestial es conociendo una y otra vez el significado de la muerte y su rigor, para conocer el significado de la resurrección y su grandeza. Es el camino pionero. La Iglesia ha marchado por ese camino, más de una revelación de Dios ha marchado por ese camino, más de un hijo de Dios ha marchado por ese camino, para que el camino celestial se mantenga vivo, y se pare esta podredumbre de lo terrenal que siempre está buscando socavar la vida cristiana. Sabemos que eso es cierto.

Abraham vino a conocer que su verdadera herencia estaba en el cielo. Pienso siempre que este aspecto de la vida y experiencia de Abraham, bajo la mano de Dios, es algo muy maravilloso. Cuando, a la orden de Dios, se puso primero en camino, interpretó, sin duda, esas promesas de una manera muy terrenal y limitada. Para empezar, su esperanza era indudablemente que se cumplirían y se harían realidad de este o ese modo. Pero cuanto más pasaban los años, más se daba cuenta de que no era de esta o de aquella manera, que era algo más de lo que había pensado cuando se puso en marcha, algo mucho más y muy diferente. Avanzó en ese camino, y es uno de los que están incluidos aquí en esta palabra: *"Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo... Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial"*. Cuando Dios dijo: *"... Vete de tu tierra... a la tierra que te mostraré"* (Génesis 12:1), Abraham pensó primero que se trataba de algo terrenal; al final vio que no era eso. Llegó a ver, a comprender; puesto que el Señor Jesús dijo: *"Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó"* (Juan 8:56). *"mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo"*. Y, así, Pablo nos recuerda aquí, en su epístola a los Calatas: *"a tu simiente, la cual es Cristo"*. *"No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo"* (Gálatas 3:16). Para Abraham, Cristo era la respuesta a toda herencia.

Pero Cristo, el Cristo celestial, es la encarnación misma de todo lo que es celestial. No conocemos a Cristo según la carne. Cristo es esencialmente celestial. Vemos la naturaleza celestial de esta simiente. Podemos aplicarlo a Josué y a Caleb. ¿Qué pueblo será el que heredará, cruzará y poseerá? No esa multitud terrestre, de mentalidad terrenal. Ella perecerá en su tierra; su tierra será su prisión y su tumba. Será reemplazada por otra generación con una constitución diferente, representada por Josué y Caleb, los primeros de una nueva generación, la cual poseerá. Ellos eran los pioneros del camino celestial y de la plenitud celestial. Pero ¡cuán profundamente tuvieron que sufrir por ello! *"...toda la multitud habló de apedrearlos"* (Números 14:10). El abrir camino es siempre un camino de sufrimiento y de esfuerzo, incluso entre los que se llaman del pueblo de Dios.

Bueno, el pionero del camino celestial será siempre así: de simiente celestial y

ratificado constantemente como celestial, por la necesidad de intervenciones repetidas del cielo para sacar, liberar, mantener en vida. Es cierto de la vida espiritual. Muy poco habríamos continuado, nos habríamos parado; habría sido una y otra vez el fin para nosotros, si el cielo no hubiese intervenido, si Dios no hubiese ratificado el hecho que pertenecemos al cielo. Y Él lo está haciendo.

Todo esto lo vemos muy claramente cumplido en Cristo, la Simiente Celestial. Para Su nacimiento el cielo intervino; fue un milagro. En su bautismo el cielo intervino de nuevo y ratificó: "*Éste es mi Hijo amado*". Su cruz no parece mucho una intervención del cielo, pero esperen un momento. No olviden que el Nuevo Testamento nunca habla de la cruz de Cristo únicamente del lado de la muerte. En el Nuevo Testamento la cruz tiene dos lados: muerte y resurrección, "*a éste,... prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándolo, y Dios lo levantó...*" (Hechos 2:23-24). El mundo se descargó contra Él, hizo todo lo que pudo hasta agotarse. Los poderes del mal se descargaron también contra Él hasta agotarse. ¿Qué más se podía hacer? ¡Ah! entonces interviene el cielo y los despoja a todos, resucitándolo y ratificando que Él pertenece al cielo y no a este mundo. Él no es la propiedad, el juguete de este mundo ni de los poderes del mal que gobiernan este mundo; Él pertenece al cielo y el cielo interviene. No solamente lo resucita sino que lo saca, lo lleva arriba y lo pone sobre todo.

Su historia espiritual es la historia espiritual del pionero del camino celestial. Él es *el Pionero, "...dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor"* (Hebreos 6:19-20), dice esta epístola a los Hebreos.

UN ENLACE ENTRE EL FRACASO Y LA REALIZACIÓN

Algo más para concluir esta presente fase sobre Josué y Caleb con relación a Abraham. Ellos, como Abraham y todos los pioneros, eran un enlace entre el fracaso y la realización del pensamiento de Dios. Miren la situación del mundo en el tiempo en que "*el Dios de gloria apareció a nuestro padre Abraham*" en Ur de los Caldeos, y busquemos lo que es del cielo. ¿Dónde se halla? ¿Dónde está todo el pensamiento de Dios por algo celestial? Parece una vez más que haya desaparecido. Parece que no hay ningún testimonio de este pensamiento celestial de Dios, o sea, un pueblo celestial, un testimonio celestial, algo que represente y exprese el pensamiento del cielo. ¿Dónde está? "*El Dios de Gloria apareció a nuestro padre Abraham*" (Hechos 6:2), y él llega a ser el enlace entre el fracaso y la realización. Josué y Caleb entendieron eso.

Aquí está el fracaso del pueblo en el desierto. Pues para ellos ¿dónde está lo celestial? ¿Dónde está el pensamiento de Dios? Parece que casi ha desaparecido. Con todo, Dios no ha renunciado a ello. Ha sido así una y otra vez. Pero el cielo interviene y asegura un enlace entre el fracaso y el triunfo del cielo. Este enlace es el pionero. El Señor ha de tener un instrumento como ése, a fin de restablecer la situación y abrir de nuevo el camino celestial para la realización de Su pensamiento.

Se estarán ustedes preguntando y diciendo probablemente: "Por supuesto son ideas maravillosas, está muy claro que es verdad en la Biblia, pero ¿qué tiene esto que ver conmigo?" Pues justamente sí. Es muy necesario hoy día que el cristiano se recupere para todo el pensamiento celestial de Dios. Los cristianos se han acomodado a algo menos, se han involucrado en algo menos y muy diferente. Ha sido de continuo así. Casi todo el Nuevo Testamento fue escrito a causa de esto. El pueblo de Dios está siempre en peligro al menos de hacer eso. Tienden espiritualmente a ir hacia este

mundo, y de un modo u otro pierden su testimonio celestial. La presión está siempre ahí para llevar hacia abajo. Pero el Señor necesita vidas que han visto, que han llegado a ser como esos de los que hemos estado pensando en nuestra última meditación, para los que el centro de gravedad de la vida se ha transferido de este mundo al cielo. En los que hay este sentido, tanto si pueden interpretarlo como si no, que lo expongan en un sistema de verdad, de doctrina, de enseñanza bíblica o no, hay en ellos el sentido de que están en camino de un gran destino –por encima de lo que este mundo puede dar–, que han sido agarrados por algo que los mantiene firmes y que ellos sólo pueden decir: es el llamamiento celestial. Después les hablaré más sobre esto.

El Señor necesita un pueblo así, que no se satisfaga simplemente con las cosas como están. Esto no es de ninguna manera asunto de la mente o de la razón. Está dentro de ellos; saben que Dios ha hecho algo. Por eso están comprometidos con algo mucho mayor que los pobres límites de esta vida y de este mundo. Se han unido en lo interior con algo muy grande. De nuevo digo que posiblemente no puedan predicarlo, pero lo saben. Nuestra utilidad para Dios no excederá nunca a lo que en realidad hemos visto de Dios, que está en nosotros. No sobrepasará lo que sinceramente hemos alcanzado. La medida de nuestra visión determinará la medida de nuestra utilidad. ¡Oh la inconmensurable medida del cielo en el corazón de un pueblo! Esta es la necesidad de hoy.

Permítanme concluir diciendo otra vez que, aunque ése es el llamamiento celestial del cual el apóstol tanto habla, sin embargo, es el camino más difícil; está lleno de todo tipo de dificultad. Pero es lo real, lo verdadero y lo último, pues el cielo es una naturaleza, un poder, una vida, un orden, que está destinado a llenar este mundo y este universo.

Capítulo 3

ABRAHAM, UN GRAN PIONERO

"¹³Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. ¹⁴Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; ¹⁵pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. ¹⁶Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad" (Hebreos 11:13-16)

Consideremos ahora a Abraham como figura representativa de los pioneros del camino celestial. Comenzamos reafirmando que había muy ciertamente en Abraham, como debe haberlo y lo hay siempre en cada pionero espiritual –en todo el que se adelanta para explorar y explotar el reino celestial–, un sentido innato y profundo de un destino.

Acerca de Abraham, cuando estaba en Ur de los caldeos, Esteban dice: *"El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham"* (Hechos 7:2). No sabemos cómo el Dios de la gloria se le apareció. Es posible que fuese en una de esas teofanías comunes al Antiguo Testamento, y que vemos más tarde en la vida de Abraham, cuando Dios vino a él en figura humana. No sabemos, pero sí sabemos, por su vida entera, que de ello resultó este enorme sentido de un destino, que lo desarraigó del todo de su vida pasada y produjo en él un hondo desasosiego; pero un desasosiego provechoso, un descontento santo y profundo. Puede ser que no se tenga razón para estar descontento, pero hay una clase buena de descontento. ¡Quiera Dios que muchos cristianos más lo tengan!

Ahora bien, no entiendan ni interpreten esto mal; no se trata de una inestabilidad caprichosa o natural. Si usted es una persona que nunca está contenta, no piense que es un descontento divino; puede que sea debido a su temperamento. Usted es posiblemente una de esas personas que nunca pueden perseverar con algo por mucho tiempo, que están siempre saltando de una cosa a otra. En ese caso será un completo inadaptado, tanto en este mundo como en el reino de Dios. No era eso en Abraham. Había algo del cielo que obraba en él. La prueba es que estaba siempre en un movimiento ascendente, no horizontal. Hacía progresos todo el tiempo, no sólo a nivel terrenal, sino también espiritual

En Abraham se originó una ansia que fue creciendo a través de los años, e hizo que le fuera imposible instalarse y aceptar cualquier cosa menos que el pleno propósito de Dios. No podía aceptar nada menos con relación a Dios. Desde luego, el sentido de esto tenía que crecer. Tenía que llegar a comprender progresivamente lo que significaba. Sucedió de esta manera: llegaba a un cierto lugar y pensaba tal vez que era allí; pero luego comprendía que no era aquello y tenía que ir más lejos. Entonces se decía quizás: "Ya está, esto es". Pero no, no era eso y pensaba: "Hay todavía, no sé qué es, no puedo definirlo, explicarlo, pero sé, dentro de mí, que Dios tiene aún algo más".

"No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús" (Filipenses 3:12). Esta

ansia que, atravesando los siglos, fue tan real en la vida del hombre cuyas palabras vengo de citar. Nunca pudo aceptar lo que es menos que lo mejor de Dios. Una y otra vez, en el transcurso de la historia, Dios no ha hallado siempre la posibilidad de llevar a cabo lo mejor, lo supremo. La gente no quería proseguir en ese sentido y dijo: 'Bien, tendrán lo que es bueno pero que es menos.' Y es lo que tenían. Pero los pioneros nunca hacen eso. Abraham no pudo hacerlo.

Junto a Abraham estaba Lot. Éste era un hombre que buscaba siempre la seguridad aquí. Buscó la ciudad, buscó una casa. No le gustaba la vida de la tienda. Quería establecerse en este mundo y se estableció. Pero con eso y todo, Lot era el hombre débil. Abraham que vivía en tienda y estaba continuamente trasladándose de un lugar a otro, era el hombre fuerte. Esto no era nada natural, era espiritual. Esta ansia del cielo, esta poderosa fuerza espiritual que obraba en Abraham, le llevó a la dura escuela de lo celestial. Para lo terrenal, para lo natural, para la carne, lo celestial es una escuela muy dura. Abraham fue guiado por este anhelo del cielo.

EL CONFLICTO ENTRE LO ESPIRITUAL Y LO TEMPORAL

En primer lugar había el conflicto entre lo espiritual y lo temporal, entre lo invisible y lo visible. Es un conflicto muy feroz que obligó a Abraham a tomar a veces una decisión muy elevada en su vida. Vemos por un lado que Dios bendecía a Abraham, le hacía prosperar. Había señales de que el Señor estaba con él. Había crecimiento, gran aumento, sí, embarazoso aumento. Sus rebaños y ganados se multiplicaron; era verdaderamente un príncipe en el país y, sin embargo, esta misma bendición del Señor llegó algunas veces a punto de ser totalmente destruida por la devastadora hambre. ¿Por qué Dios había bendecido aumentando, y luego permitía que algo pudiese acabar con todo en cualquier momento? Eso es un problema más bien difícil, ¿no es verdad? ¿No hubiera sido mejor menos prosperidad que verlo todo amenazado? Para Abraham era un problema muy agudo. Fue lo que causó uno de sus fracasos, pues, bajó a Egipto. Era una escuela dura.

¿Qué significa eso? Parece que Dios dé con una mano y se lleve con la otra; haga prosperar, bendiga y después añada algo que amenace destruir la bendición. ¿Está Dios en contradicción consigo mismo? En esos momentos estamos tentados de interpretar la situación y decirnos: ¿es que no somos después de todo más que peones de un juego? ¿Es que no somos después de todo más que objetos del azar, seres afortunados o desafortunados? ¿Está el Señor en esto? ¿Puede esto explicarnos realmente que el Señor es un Dios coherente? Es una escuela dura. Pero, ven ustedes, está del todo de acuerdo con lo que Dios está haciendo.

¿Qué está haciendo? Bien, si Él bendice, hay dos cosas que están ligadas. Primero la bendición de Abraham, su prosperidad, tenía que tener su apoyo en el cielo, no en la tierra. Dios introducía el gran principio celestial. ¡Oh el Señor puede bendecir y aumentar! pero Dios prohíbe que presumamos de que ahora nos podemos ganar la vida, llevar las cosas adelante, ponernos en marcha y sostener nuestra marcha con nuestra propia energía. Él nos hará ver que aunque bendiga, aunque la cosa venga de Él –por grande que sea–, puede perecer en cualquier momento a no ser que el cielo la cuide. Esto es una lección. No nos jactemos, no demos nada por descontado. Hasta el fin, vivamos del cielo a cada momento. Tanto en la prosperidad como en la adversidad,

agarrémonos al cielo.

Hay también este otro factor: Dios preparaba a Abraham a fin de que pudiese salir indemne de la bendición. Salir indemne de la bendición, tal disciplina, tal prueba de fe, no es cualquier cosa. De manera que a Abraham no le importaba cuánto Dios lo bendecía. No dejaba que las bendiciones oscurecieran la visión celestial y lo detuvieran en el camino. Esto es un triunfo enorme. ¡Oh los peligros devastadores de la bendición! Tal vez usted no conozca mucho de esos peligros todavía.

Pero Dios quiere ponernos a salvo para su remo celestial, a salvo para el desarrollo espiritual, a salvo para ser usados poderosamente. Nunca estamos a salvo si lo que es menos que lo absoluto de Dios nos detiene, nunca a salvo si lo bueno es enemigo de lo mejor. Con Abraham está muy claro; fuese en la prosperidad o en la adversidad, nunca se permitió acomodarse ni admitía la suposición que hubiese llegado. Si en algún momento le parecía, lo rechazaba rápidamente. *"Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo..."*

Otra cosa acerca de Abraham es que no dejó nunca que las dificultades aparentes, por grandes que fuesen, terminaran poniendo freno a su progreso espiritual y a su marcha ascendente. Hablaremos de esto dentro de un momento.

¿No ven ustedes cómo Josué y Caleb entendieron todo esto? Pensemos de nuevo en Josué y Caleb. Eran hombres que habían estado sin duda en esa escuela. De no ser así, nunca habrían podido llevar la generación siguiente al país. Sólo Dios sabe por lo que esos hombres pasaron. Su historia nos está narrada en muy pocos versículos: los espías que salieron, el informe de la minoría y la intención de apedrearlos y matarlos. Pero a eso tenemos que añadir los largos años, mientras que toda la generación iba muriendo, y ellos dos solos aferrados a la visión celestial. Es una escuela dura. Se habrían podido desanimar fácilmente, dejándolo por imposible. Pero no, pues lo celestial los había agarrado en lo más íntimo de su ser y los sostuvo aun en la adversidad más grande. Pasaron a través de ella: "vencieron el mundo".

EL CONFLICTO ENTRE LO ESPIRITUAL Y LO CARNAL

Por otra parte, había además el conflicto entre lo espiritual y lo carnal. No sólo entre lo espiritual y lo temporal, sino entre lo espiritual y lo carnal. Este conflicto vino ni más ni menos dentro de lo que podemos llamar el círculo doméstico. Estaba en la familia, en la sangre. Estaba en Lot. Les estoy hablando espiritualmente. Interpreto a Lot como representando algo que está no sólo y objetivamente en la familia cristiana (lo que es por supuesto muy cierto), sino que está de manera subjetiva en nuestra propia naturaleza; lo carnal provocando conflicto contra lo espiritual, lo terrenal contra lo celestial.

Lot es de la misma sangre que Abraham, pero justamente en la sangre, en la familia –si quieren en la familia cristiana–, hay este lado carnal: Lot y su mundanalidad, su mentalidad, visión, ambición y aspiraciones mundanas. No hay visión celestial en Lot y está al lado de Abraham, muy junto a él. Es precisamente en su sangre que Abraham encuentra esta oposición a su marcha espiritual. Está ahí, en nosotros y en la familia cristiana; está muy cerca, todo el tiempo, este deseo de instalarse, de poseer aquí y ahora las cosas visibles, las ganancias rápidas, la satisfacción del alma, ese descanso que no es descanso, pero del que pensamos que lo es.

Muchos de ustedes conocen esto, saben de qué estoy hablando; saben cómo, de un modo natural, deseamos a veces un descanso y tratamos de obtenerlo, pero no lo conseguimos hasta que venimos al Señor. Hallamos nuestro verdadero reposo en las cosas del cielo y no teniendo vacaciones. Pero ahí está, intentando siempre sacarnos, quitarnos de en medio o que escapemos: "¡oh si pudiéramos vivir solos en una isla! ¡qué descanso, qué tranquilidad, salir de todo eso!" Pero nunca ocurre así.

Nuestro descanso está en las cosas celestiales. Nuestra satisfacción la hallamos únicamente en las cosas del Señor. Cristianos, ¡vayan a hartarse del mundo! Saben que volverán y dirán: –¡Nunca más eso! Saben que no pueden hacerlo, pero este deseo está en nosotros todo el tiempo. La influencia carnal está en nuestra sangre. En la familia cristiana entera está ese lado de Lot que quiere un cristianismo según el mundo, siempre atrayendo hacia abajo y apartándonos de lo celestial. Abraham conoció todo eso.

Abrir camino para las cosas del Espíritu constituye el terreno mismo del trabajo pionero. Es batallar contra la carne, como si lleváramos siempre de un lado para otro un cadáver, algo sin vida que hemos de arrastrar y someter cada día. Tenemos que decirnos : –¡Vamos, nada de eso, adelante! Ése es el camino del pionero. Usted puede establecerse, pero perderá su herencia celestial.

Lo carnal tiene medios sutilísimos, maneras muy "espirituales". ¿Es esto una contradicción? Es una aparente espiritualidad que se interpreta como espiritualidad. Pienso en el gran combate que Pablo, hombre celestial, tuvo con los corintios, iglesia terrenal. Y, sin embargo, se suponía que los corintios fuesen espirituales. Tenían todos los dones espirituales: los milagros, las curaciones, las lenguas. Pero Pablo dijo: "*No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales* (1 Corintios 3:1). Al parecer, lo carnal puede tener maneras muy "espirituales". El caso es que el lado carnal de ellos se estaba apoderando de las cosas espirituales, haciendo que lo espiritual sirviera a lo carnal. Se complacían en esas demostraciones, se vanagloriaban de ellas, y así se derribaba lo celestial. No echemos la culpa a los corintios.

(Cómo anhelamos nosotros ver, tener evidencias y pruebas! ¿Por qué hay tantos adictos a esas cosas? Porque hay algo que gusta a la naturaleza humana y, andar en el camino celestial, donde usted no ve y no sabe, es infinitamente más difícil. Pero ése es el camino del pionero espiritual que va a heredar por los otros.

LA PRUEBA DE LA REALIDAD DE LA VISIÓN CELESTIAL

En la visión de Abraham, ¿qué prueba tenemos al final, de que este sentido de destino es verdadero, genuino, que viene en realidad de Dios y no sencillamente de su imaginación?

A) LA FE EN EL DIOS DE LO IMPOSIBLE

En primer lugar, la actitud de Abraham hacia lo imposible. Como se dijo en el capítulo anterior, en el Nuevo Testamento tenemos toda la historia. En el Antiguo parece como si cediera o flaqueara en presencia de lo imposible. Vendremos a eso dentro de un minuto. El Nuevo Testamento nos dice con mucho énfasis que Abraham miró a lo imposible cara a cara, y creyó que era posible. Su actitud hacia lo imposible,

acerca de Isaac, probó que había algo más que imaginación; había algo poderoso en su juicio y conciencia de un destino.

El damos o no por vencidos ante una situación que empieza a parecer imposible, es la prueba final que nos demuestra si en nosotros se ha registrado realmente un sentido de vocación celestial. El caso es que aunque usted sienta que quiere darse por vencido, hay algo en usted mismo que no le deja abandonar. Usted ha estado a punto de presentar su dimisión cientos de veces. Una y otra vez se ha dicho: "Voy a salir de esto; no puedo seguir más tiempo o ir más lejos, estoy agotado." Pero ha continuado y continúa, y sabe muy bien que hay algo más fuerte en usted que todas sus resoluciones de dimitir. ¡Cuán necesario es que haya en nosotros ese sentido! Es la prueba de que es algo que no viene de nosotros sino de Dios. *"Según el poder que actúa en nosotros"* (Efesios 3:20), es eso.

B) LA CAPACIDAD PARA AJUSTARSE CUANDO SE COMETEN ERRORES

Consideren la capacidad que tenía Abraham para ajustarse cuando cometía errores. Este hombre, este pionero, cometió grandes errores. ¿Cuál es la tentación de un siervo de Dios que comete un desacierto notorio, de uno que tiene una responsabilidad y comete un gran error? ¿Cuál es la reacción inmediata?; "¡Oh está a la vista que no soy apto para esto, no he sido llamado para esto, no he servido nunca para esto. Dios ha escogido a la persona menos adecuada, es mejor que me ocupe en otra cosa, que me vaya!".

Abraham cometió errores graves, descuidos y fracasos lamentables, no excusados en la Biblia, mostrados como eran, nunca borrados por Dios; ahí están registrados. No sólo constan en la Palabra escrita, sino que se conocen en la historia: miren hoy a Ismael. Sin embargo, había en Abraham esto, que reaccionaba para ajustarse: 'Me he equivocado bajando a Egipto, pero no quiero darme por vencido desesperándome y negándome a volver. Volveré.' 'He cometido un error en cuanto a Ismael. Debo volver y recuperar mi terreno.' Era un gran hombre. Ante la dolorosa desilusión de sí mismo, se recobraba y se ajustaba.

C) LA OBRA INTERIOR DE UN PODER CELESTIAL

¿Qué nos dice todo esto? En este hombre obraba un poder celestial, pues no es natural, no es lo que se acostumbra hacer. ¡Así conociéramos la tensión y presión, y toda la severidad de esa escuela en la que Abraham estaba! No dejo nunca de maravillarme cuando leo lo que Pablo dice de Abraham: *"Y su fe no se debilitó al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido"* (Romanos 4:19-21). *"Como está escrito: Te he puesto por padre de muchas naciones. Y lo es delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fueran"* (Romanos 4:17).

Demostó su fe cuando ató a su único hijo y cogió el cuchillo para matarlo. Un

instante más, y el hijo, en quien todas las promesas estaban centradas, habría sido muerto. Digo que me maravillo. Hacer una cosa como ésta, es algo único, incluso para Dios. Es otra cosa para nosotros, tener que entregarlo, tener que devolver a Dios un hijo; pero Abraham lo hizo. Hay algo aquí que no es natural. No es la manera de actuar del mundo, de la tierra. Es la manera del cielo, es el camino celestial. Abraham abrió paso en el camino celestial. Por eso ocupa un lugar muy grande en la antigua dispensación, como en ésta, y por siempre. Un gran pionero de las cosas celestiales es lo que significa.

Esto nos puede explicar mucho sobre nuestra propia experiencia. Dios necesita personas así, en estos días de gran decadencia espiritual, de tendencia por parte de Su Iglesia a conformarse a este mundo. Con todas sus buenas intenciones, hasta, tal vez, con motivos puros, está, no obstante, adoptando el sistema y la forma de este mundo para hacer la obra del cielo. Debe haber una reacción a esto y debe haber vasijas para demostrar que no es necesario ir al mundo. El cielo basta para todo.

Capítulo 4

MOISÉS

"²⁴Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, ²⁵escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, ²⁶teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. ²⁷Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible" (Hebreos 11:24-27).

"¹³Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. ¹⁶Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad" (Hebreos 11:13,16).

Dios tiene el gran deseo de tener un pueblo especial, al que podríamos denominar "Su mejor". Hasta que no lo tenga, no estará nunca totalmente satisfecho. Puede que existan los que se contenten con ser menos que lo mejor de Su pueblo, pero sólo aquellos que siguen adelante para ser "Su mejor", satisfarán en verdad Su corazón. Pero lograr "Su mejor" es un asunto lleno de conflictos, de mucho costo, de disciplina y muy contrario a la normalidad. En realidad no son todos, sino unos pocos, en comparación, que continuarán con Él para ser "Su mejor". Lo vemos en toda la Escritura.

En cada dispensación tenemos algunos ejemplos que lo ilustran bien. Referente a la generación que pereció en el desierto –la cual fue sacada de Egipto, en virtud de la preciosa sangre y por la fe, pues: *"Por la fe pasaron el Mar Rojo"* (Hebreos 11:29)–, no podemos decir que esa generación represente la pérdida definitiva de la salvación. No obstante, está claro que perdieron el pleno pensamiento de Dios para ellos. Fue una pérdida grande y dolorosa, citada siempre en las Escrituras como ejemplo de tragedia, fracaso y desilusión. No podemos decir que el mayor número de los que fueron cautivos a Babilonia, en Caldea, y que nunca volvieron, se perdieran eternamente para la salvación de Dios. Pero sabemos bien que una minoría regresó, y, al volver, cumplieron la verdadera intención de Dios. Están representados como aquellos de los que Él no se avergüenza. Pero de los que quedaron en el desierto y en Babilonia, podemos decir que en cierto modo, Dios se avergonzó de ellos. Es así en cada dispensación. La llamada continúa y resuena aquí, para que el pueblo de Dios no se satisfaga con ser menos que lo mejor.

Como hemos dicho, no se trata sólo de un llamamiento para que alcancemos el propósito de Dios. Es un llamamiento para abrir el camino a otros, pues, aunque parezca extraño, muchos del pueblo del Señor, a pesar de que son nacidos de nuevo, no conocen el camino celestial. No vamos a presentar todas las pruebas de esto, pero es verdad. Quizá, durante un período de nuestra vida cristiana, ésta haya sido la experiencia para muchos de nosotros. Nuestras actividades, aunque llevadas a cabo de

manera cristiana, eran en gran parte muy terrenales. Entonces vino un tiempo de crisis, cuando entramos en el significado de un cielo abierto y fuimos elevados a un nivel de vida espiritual, enteramente nuevo. Empezamos a aprender las cosas celestiales de una manera nueva. Todos los que Dios ha llamado a Su camino celestial, no sólo están andando en este camino –con relación a su propia medida espiritual–, sino que son llamados a enseñarlo a aquellos, aun del pueblo del Señor, que lo desconocen. Esto no significa predicarles acerca del camino celestial, tener una interpretación especial de la Escritura, alguna doctrina o fraseología. Significa que son llamados a ser útiles en ese camino, a estar allí y, por lo que ellos mismos conocen y experimentan, poder ayudar a otros a elevarse a un nivel más alto de vida espiritual.

Así que vamos a ver de nuevo esta cuestión del trabajo pionero, en el camino celestial, centrandó nuestro pensamiento en Moisés, otro gran pionero. Hay por supuesto muchos otros aspectos que caracterizan su vida, pero pienso que lo que más se destaca es que era un pionero del camino celestial.

La vida de Moisés, desde un punto de vista terrenal, nos habla mucho de decepción, de fracaso y de tragedia, pues, aunque durante ochenta largos años de formación, disciplina y sufrimiento, anduvo en el camino celestial o aprendió a andar en ese camino, ni él ni el pueblo que sacó de Egipto entraron en la tierra prometida. Esto suena a desilusión y, es más, a tragedia. No puedo nunca leer este relato de Moisés suplicando a Dios que le permita entrar y la negativa terminante de Dios, sin sentirme profundamente conmovido. Es emocionante.

De esas personas que salieron de Egipto, se constituyó una nación por medio de Moisés. Por lo tanto le debían su existencia como nación. Pero esta primera generación no entró en la tierra prometida para heredarla. Su historia entera fue desde entonces una tragedia. Hubo momentos y períodos brillantes, tiempos de gloria, pero recuerden cuánto hablaron de Moisés, lo que le atribuyeron y cómo recurrían siempre a él. Fue una historia, en su totalidad, muy decepcionante. Repito que, desde cierto punto de vista, la vida de Moisés habla mucho de fracaso, de desilusión y de tragedia. Pero el hecho mismo de su propia vida y de la manera como terminó su carrera, el hecho mismo de la generación que pereció en el desierto, el hecho mismo de la nación –durante todas las edades–, fracasando y decepcionando, son los argumentos más poderosos y concluyentes para otro aspecto, a saber, la verdad divina de lo celestial; y afirman, de manera muy enfática, que si eso es todo aquí abajo, entonces es una cosa pobre, que debe haber algún otro camino, debe haber alguna otra secuela, que eso no es todo. Hay otro punto de vista, el punto de vista celestial en que el cielo interpreta y gobierna todo.

Miremos primero a Moisés y a su formación, luego a Israel bajo su dirección.

I. LA FORMACIÓN DE MOISÉS

A) UNA SUPREMA PERCEPCIÓN

Empezamos con Moisés ya adulto y su formación. Leamos lo que la epístola a los Hebreos nos dice de Moisés en Egipto. Nos encontramos aquí, una vez más, con algo que se ha repetido en estas meditaciones: ese sentido innato de un destino. No puede uno separarse de eso. Cuando tratamos del pleno propósito de Dios, y cuando

tratamos de la obra, del servicio, del ministerio, de la obra pionera con relación a ese propósito, ése es siempre el punto por el que tenemos que empezar. Este profundo sentido de una divina y suprema percepción está siempre ahí.

Aquí está este hombre en Egipto, rodeado de todo lo que Egipto tiene. Los estudiantes de historia saben que, en los días de Moisés, la gloria y el encanto de Egipto no eran de poca importancia. El escritor nos habla aquí de «los deleites temporales del pecado», de «los tesoros de los egipcios»: sus placeres, sus comodidades, su saber, su educación. Todos esos privilegios los tenía exactamente en la misma casa del rey. Todo estaba a las órdenes y a la disposición de Moisés. Fue enseñado en toda la sabiduría de los egipcios (cfr. Hechos 7:22).

Tenía a la mano todos los deleites de Egipto. Eso no era algo insignificante. ¿Dirán ustedes que no era nada perderlos? Era un poderoso "todo" de este mundo. Pero este sentido de destino le *hizo* estimar todas esas cosas como nada. Aunque podía disfrutar de todo, tanto como lo deseara, había una sombra por encima de su goce. Había algo adentro, todo el tiempo, que le impedía finalmente estar contento. Había en él una sensación de inquietud, de descontento y de insatisfacción. Era en realidad la obra de Dios, a fin de que no se satisficiera con nada menos que con el pleno propósito de Dios. Es posible que Moisés no hubiera sido capaz de explicar o definir este extraño anhelo, pero le hizo percibir que el «todo» de Egipto no era de ningún modo el «todo» de Dios, y que Egipto nunca podría satisfacer ese llamamiento y esa atracción de arriba y de más lejos.

Ahora bien, eso no es exageración y no son sólo palabras. Es la Escritura y nos pone a prueba. Pues así es para los que son llamados al camino del pleno pensamiento de Dios, para los que serán «Su más alto y mejor». Poco importa la popularidad, la posición en este mundo, el éxito, los medios y recursos que tengamos; si de veras somos llamados según Su propósito, estaremos en todo eso inquietos, descontentos e insatisfechos, y pensaremos: "Después de todo, ¿vale la pena esto? ¡Hay algo más que esto!" Examinen sus corazones. No es ficción, es realidad.

Puede ser que estas palabras le hablen hoy en particular. Si lo quisiera, podría usted tener mucho en este mundo. Podría abrirse camino en él y gozar de sus placeres y otras cosas, si en realidad fuera a buscarlos. Sí, y quizás lograra aceptación y posición incluso en el mundo religioso; pero esas cosas han llegado a serles de poco interés. Hay algo en usted que tal vez no pueda definir ni poner por escrito, pero sabe que hay algo y a menos que lo descubra, que llegue a ello, la vida será una desilusión, pues en todo lo demás hay simulación. Si éste es su caso, es muy prometedor, es algo maravilloso; el cielo ha bajado hasta usted para ponerle con relación a todo su significado. Desde luego, si usted no tiene ese sentido, se agrada con toda otra clase de cosas y las buscará. Pero, cuidado, si puede usted ser así o quedarse así, es una terrible responsabilidad, pues quiere decir que, en cierto modo, esta poderosa percepción celestial se ha malogrado en usted.

B) UNA CRISIS

Así que la obra empezó en Moisés interiormente, y esa obra interior le llevó a una crisis bien definida, la crisis de lo terrenal y de lo celestial. El Señor tiene maneras

sorprendentes de producir esta crisis. Sabemos que no siempre se produce y se precipita por algún éxtasis: una gran luz y gloriosa visión, el embeleso de su alma o alguna experiencia celestial extraordinaria, si es lo que usted busca. No siempre es así. No fue así con Moisés ni con otros. ¿Cómo ocurrió?

Un día salió y vio que un egipcio maltrataba a un hebreo. Este sentido de un destino tomó posesión de él y lo dominó. Con toda evidencia, Moisés era físicamente un hombre fuerte. Se descargó sobre el egipcio, golpeándolo, y lo mató en el acto. Esa fue la crisis que lo precipitó todo. A veces es sólo por algún fracaso o temeraria imprudencia que nos despertamos a lo celestial o nos enfrentamos con lo celestial, porque, en seguida, la situación en Egipto se puso insostenible para Moisés, y tuvo que irse.

Pero ¿qué había dentro de la crisis? ¿cuál era su significado? ¿por qué Dios lo permitió? Moisés podría haber dicho: "¿Por qué permitió Dios que hiciera eso? ¿Por qué Dios, que me conocía de antemano y que en Su presciencia me llamó a Su gran servicio, me dejó hacer ese mal, cometiendo un asesinato? ¡Que tenga en mis manos la mancha de un asesinato, yo, que he sido llamado a ser el libertador del pueblo de Dios! ¿Por qué el Señor lo ha permitido?" La respuesta habría sido: "Moisés, no es de esa manera que el cielo hace las cosas. Ésa es la manera del mundo, la manera de la carne. No es así que el cielo actúa. Tú, Moisés, nunca podrás llevar un pueblo celestial a un lugar celestial por métodos y medios mundanos. Apréndelo de una vez por todas".

Puede parecer un modo terrible de tratar con la situación, pero aquí está claro y llano. 'Has sido elegido por la presciencia y el acto soberano de Dios, y, mediante este sentido de destino en ti, a fin de conducir este pueblo escogido para ser un pueblo celestial. ¿Cómo podrías tú elevarlo a un nivel de vida celestial, no siendo ése el nivel tuyo?' Volveremos a esto dentro de un minuto.

El cielo irrumpe y dice con énfasis: 'No, Moisés. Las armas carnales para fines carnales, pero no armas carnales son para fines espirituales. Medios mundanos para fines mundanos, pero no medios mundanos para fines celestiales. El cielo gobierna aquí y se tiene que manifestar así' ¡Qué lección para una vida! ¡Qué fundamento!

Ahora bien, aunque ninguno de ustedes ha sido nunca un asesino, no dudo de que, por lo menos, algunos han aprendido lecciones muy profundas de esta clase, o sea, que no se puede progresar con Dios sobre ese nivel, que no se puede llegar hasta el final con Dios de esa manera, que no se puede servir a Dios en su propósito celestial de ese modo, teniendo como base la carne. Es conforme al principio. El cielo no tendrá nada de eso. El cielo exige su propia vida, su propia naturaleza. Ésa fue la crisis de lo celestial y de lo terrenal en la formación de Moisés.

C) CUARENTA AÑOS EN EL DESIERTO

La fase siguiente es cuarenta años en la soledad, el lado de atrás del desierto. ¿Será posible que tenga esto lugar en la economía de Dios? Sí, dondequiera que los encontremos, los desiertos representan y significan siempre ser vaciado de uno mismo. Piense en ello. En un desierto no se puede ser una persona muy importante, una persona muy segura de sí misma, confiada en sí misma. Un desierto quita todo eso. No solamente está usted en el desierto sino que el desierto árido, desolado, improductivo, inútil, entra en usted. ¿Y, no piensa que Moisés pasó por esto en esos

cuarenta años?

Es el lado negativo de la formación. Es la anulación de Egipto y del mundo. Egipto representaba la seguridad; era sinónimo de independencia. Moisés tenía que ser vaciado del espíritu y principio del mundo. Egipto tenía que salir; había entrado y ahora estaba siendo separado de él y, justamente, lo contrario a Egipto estaba entrando. Este lado que llamamos negativo, forma parte integrante de la escuela del camino celestial. Nos lleva interior y espiritualmente al lugar en que vemos de manera clara que no hay en nosotros nada provechoso, en que de nosotros mismos nada podemos producir ni lograr. Eso es el desierto. No lo comprenda mal ni deje de reconocerlo. Es conforme con la realidad, con la experiencia y con el principio celestial. Hemos de hacer lugar al cielo en nosotros ya que, por naturaleza, en nosotros no hay lugar para el cielo.

D) LAS ORDALÍAS DE LA EMANCIPACIÓN

Después de eso Moisés vuelve a Egipto donde los juicios de Dios se habían de ejecutar para la emancipación de Su pueblo. Ahora no es Moisés, es el Señor. Ahora va a ser todo del Señor o no será nada. Pero va a ser del Señor. *"Ahora verás lo que yo haré"* (Éxodo 6:1). Hubo un día en que Moisés dijo : 'Ahora verán lo que yo haré', y el egipcio conoció la importancia de eso, y al día siguiente el hebreo. Pero eso ya pasó, y el Señor dice: *"Ahora verás lo que yo haré"*. 'Yo haré, tú has terminado'. La posición ha cambiado; todo es ahora posible. Ha habido una transición de lo negativo a lo positivo. El gran juicio de la emancipación de este pueblo, comienza.

La primera etapa tiene que ver con la vara y la mano (cfr. Éxodo 4). *"Qué es eso que tienes en tu mano? una vara"*. 'Muy bien; con esa vara se harán las cosas'. *"Mete ahora tu mano en tu seno"*. 'Sácala'. *"He aquí que su mano estaba leprosa como la nieve"*. *"Vuelve a meter tu mano en tu seno"*. 'Sácala'. *"He aquí que se había vuelto como la otra carne"*.

LA VARA

¿Qué es la vara? Sabemos que la vara que usó Moisés fue más tarde la de Aarón, la que floreció en la prueba del sacerdocio. Doce varas que representaban las tribus se pusieron en el tabernáculo, de noche, para su elección. Por la mañana había once varas muertas y una viva, señal de un sacerdocio viviente (cfr. Números 17). No olviden que el sacerdocio se relaciona con lo espiritual.

Ellos iban a tener que enfrentarse con todos los dioses inmundos, corruptos y perversos de los egipcios, que son de la compañía del diablo. Se necesita la autoridad poderosa de un sacerdocio santo para tratar con esa situación impura. Es la vara de la palabra de la cruz. La palabra de la cruz es una vara poderosa.

¿Cuál es aquí la cuestión que está ligada a todos esos juicios de Dios? Es ésta: el Señor había dicho: *"Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová"* (Éxodo 7:5). Ése es el punto en disputa. Muy bien; empiecen pues aplicando eso prácticamente, por medio de la palabra de la cruz, la palabra del sacerdocio viviente.

Aplíqueno primero al reino entero de la naturaleza, de la creación. *"Yo, Jehová lo he*

creado" (Isaías 45:8). El Señor del Calvario es el Señor de la creación, y la primera aplicación de la palabra de la cruz es en este reino, en Egipto. Al contacto del Señor de la creación, el mundo viviente es sometido a juicio; la cuestión es: "Yo soy JEHOVÁ".

La segunda aplicación es para los cielos –pues el Señor hizo tanto los cielos como la tierra–, y bajo la palabra los elementos se conmovieron. Si usted mira al Calvario, verá todas esas características. Cuando Él, el gran Pionero del camino celestial, fue a la cruz, la creación entera se vio afectada. Los cielos y la tierra se vieron envueltos. Hubo un terremoto, y *"hubo TINIEBLAS sobre toda la tierra hasta la hora novena"*. La creación y los elementos mismos caían bajo el impacto de Aquel que es la Palabra en la cruz. Eso sucedió en Egipto, en tipo, en símbolo.

Luego, en tercer lugar, vino allí la aplicación al infierno. ¿Cuál es el arma mayor del infierno? La muerte, *"el postrer enemigo"* (I Corintios 15:26). La muerte no es amiga, la muerte es el último enemigo, y ése fue el último juicio de Egipto. La fortaleza del infierno fue quebrada, el poder de la muerte sujetado para la emancipación de un pueblo. Eso hizo Cristo en la cruz. La palabra de la cruz es ésta: que el infierno ha sido quebrado, la muerte aprehendida, y se ha hecho que sirva a los fines de Dios en vez de impedirlos. En Egipto, la palabra por medio de la vara tocó al primogénito con la muerte, y el infierno se picó en lo vivo con su propio aguijón, en el mismo centro de su existencia. Pero eso no es todo. Esa mismísima vara sacó al pueblo, obró el rescate en Egipto y a través del Mar Rojo. *"Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar..."* (Éxodo 14:6). La palabra de la cruz es la palabra de la vida que triunfa sobre la muerte. La muerte es vencida y la vida y la incorrupción sacadas a luz. Mediante la vara de la palabra de la cruz, a través de ese prodigioso juicio de la emancipación, Moisés estaba aprendiendo una cosa: que *el cielo gobierna*. El cielo gobierna en la creación, gobierna en el cielo, gobierna en el infierno; y en los reinos de los hombres el cielo gobierna para la emancipación de los elegidos. Todo esto es la historia de la intervención del cielo.

Usted se preguntará por qué todo eso no pasó de repente, por qué se hizo por grados. Para empezar, el efecto de la vara era solamente incompleto, pero ganó de prisa en fuerza y poder. Hay dos aspectos. Por una parte la naturaleza progresiva de esta educación. No venimos a ver y a conocer en seguida todo el poder del cielo. Aprendemos un poco a la vez; es gradual. Va hasta aquí en un tiempo, irá más lejos después. ¿No lo estamos aprendiendo? Aprendemos por medios simples que el cielo es mayor que la tierra, es mayor que el hombre, es mayor que la naturaleza, es mayor que el enemigo. Estamos aprendiendo paso a paso, más y más, sobre el significado de esa enorme e infinita ascendencia del cielo.

Pero hay el otro aspecto. Por estos medios progresivos, Dios está dando largas a las fuerzas contrarias, prolongándolas gradualmente. "Yo endureceré el corazón de Faraón", "Yo endureceré el corazón de Faraón", "Faraón endurecerá su corazón". Dios habría podido aniquilarlo de un golpe, pero va a hacerlo durar al máximo. El poder de este mundo se está alargando hasta alcanzar toda su extensión, para enfrentarse con el poder infinito del cielo, el cual, después de todo, mostrará su superioridad muy simplemente.

Hemos dicho esto muy a menudo y es verdad. Aunque no nos podamos apoderar de él, ni verlo, ni apreciarlo, la verdad es que *"el poder que actúa en nosotros"* es *"la*

supereminente grandeza de su poder" (Efesios 3:20 y 1:19). No sabemos, no somos capaces de medir la inmensidad de las fuerzas que están en contra de un alma salvada, la inmensidad de las fuerzas que se oponen al pleno propósito de Dios para Su pueblo. Sabemos un poco y sabremos cada vez más, mientras avanzamos. Pero cuando el apóstol dice: "la SUPEREMINENTE grandeza de su poder", no es sólo un lenguaje, es un intento –solamente un intento por medio del lenguaje, de los superlativos y de todo lo que el lenguaje humano puede hacer–, para llegar a la realidad. "*La supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos...*" (Efesios 1:19,20). Y eso es PARA CON NOSOTROS.

Hay algo aquí extraordinario. Es la superioridad del cielo sobre toda esta situación para sacar un pueblo y mantenerlo vivo. Estamos en esa escuela. Moisés estaba en esa escuela. A través de esos juicios de Dios, Moisés comprende de manera progresiva, pero constante y, sin duda alguna, que todo lo que está en Egipto, todo lo que Faraón representa va a ser echado abajo, agotado de su vitalidad hasta la última gota, y todo ello, al fin, dejado muerto. Moisés estaba a veces temeroso, otras regresaba del desafío desilusionado; pensaba: 'No lo hemos conseguido hasta ahora, hace falta todavía algo'. El Señor decía entonces: 'Bueno, haremos algo más'. El Señor le animaba y guiaba en su educación. Moisés iba viendo cada vez más. ¿No piensan que nos faltaría alguna cosa si Dios lo hiciera todo de repente? ¿No es verdad que no significaría mucho para nosotros, que lo trataríamos con indiferencia, que sería solamente un milagro del pasado? Dios está prolongando a lo largo de nuestra vida las fuerzas que nos son contrarias, a fin de demostrarnos que Sus fuerzas son superiores. Es una larga enseñanza, pero es el camino del propósito celestial.

LA MANO

De la vara a la mano. "*Mete tu mano en tu seno*" (Éxodo 4:6). ¿Qué mano? La que había asesinado al egipcio. Esa mano manchada de sangre, esa mano de la fuerza natural, de la confianza en sí mismo, esa mano que representaba al viejo Moisés y su fracaso; ese fracaso bajó el vigor y el empuje de su propia voluntad. "Mete tu mano. ¿Qué hay en tu seno, Moisés? *Eso* es lo que es tuyo. ¿Piensas que *eso* puede empuñar la vara de Dios? ¿Piensas que *eso* puede hacer pasar la autoridad celestial? ¡Oh no! esa mano ha de ser limpiada antes de que puedas empuñar esa vara. Ese seno debe ser limpiado, esa mancha quitada, toda esa energía propia y autosuficiencia han de ser socavadas. Moisés, *esa mano leprosa es lo que eres en ti mismo*".

¿No lo estamos descubriendo? ¿Cómo es mi corazón? ¿Cómo somos? Exactamente así. Cuanto más conocemos y vemos de nosotros mismos, más se parece a la lepra. Pero, bendito sea Dios, hay una purificación. Para Moisés hubo un acto divino de purificación. En aquel instante, todo el significado de la cruz, la palabra de la cruz, tomó efecto en la vida de Moisés; por supuesto, en tipo, en figura. Y ahora que hay una mano purificada, es decir, un corazón circuncidado, la vida interior separada de la fuerza y la suficiencia carnal, todo eso puede tomar la palabra de la cruz, la palabra de autoridad. Debe ser así. No tenemos poder en el terreno de los dioses de los egipcios (esas fuerzas espirituales que están puestas en acción en este mundo), ninguna autoridad en ese acompañamiento, ninguna esperanza de subyugar esa fuerza, a

menos que haya tenido lugar algo que nos ha liberado de nosotros mismos, de nuestra propia fuerza, de nuestra propia presunción, de nuestros propios corazones.

II. ISRAEL BAJO LA JEFATURA DE MOISÉS

Bajo la jefatura de Moisés, hay luego esa fase de Israel tan importante, que apenas me atrevo a abordarla de momento. Fue una cuestión prolongada de lo celestial y lo terrenal. En todos esos cuarenta años de la nación en el desierto, se estuvo precisamente luchando hasta resolver la cuestión de lo celestial y lo terrenal. Habían sido sacados para ser un pueblo celestial, para tener todos sus recursos, su apoyo y socorro del cielo, para estar en este mundo sin ser de él. Si estar en el mundo y no ser de él nunca ha sido verdad, en un desierto lo es.

El pensamiento divino era que hubiese un lugar grande para el cielo. En ese desierto había un lugar grande para el cielo. Por el lado divino, todo había de ser celestial. El pueblo se constituyó sobre principios celestiales. Arriba, en la montaña, Moisés recibió esos principios celestiales para constituir la nación. Todo era del cielo. Su constitución venía del cielo. Era el modelo mostrado en el monte. Era celestial. Nada en absoluto fue dejado a la iniciativa del hombre y a su juicio. Su marcha, por medio de la columna de nube y de fuego, era, de día en día, del cielo. Todo era celestial. En el conflicto con Amalec, lo que la guerra fue allí –Moisés en la cumbre del collado, sus manos alzadas e Israel en el valle combatiendo y ganando la batalla–, era celestial. El cielo dirigía esta guerra, era guerra celestial. Era todo el aprendizaje, en cada aspecto, del significado del camino celestial.

Pero no aprendieron esas lecciones. Bajaban a la tierra, rechazando lo celestial. Era demasiado duro, demasiado difícil para la carne, demasiado incierto. ¡Era tal la dependencia, tal la impotencia por lo que al yo se refiere! No lo podían remediar, querían hacer algo ellos mismos (y de cierto queremos ayudarnos), en este asunto. ¡Era todo tan celestial! Pero era muy real. Los que conocen algo de esto, saben que las cosas celestiales son las más reales. Esas cosas espirituales son mucho más reales que otras. Pero ellos no querían el camino celestial, querían el terrenal. Lo repudiaron todo, y perecieron en la tierra, en el desierto.

Josué y Caleb entendieron en ellos mismos todas esas lecciones de la escuela de Moisés y de Israel. Aprendieron las lecciones, comprendieron la verdad celestial, y se hicieron cargo de la generación siguiente, una generación celestial.

Bien, todo eso puede considerarse como historia que está en la Biblia; pero estoy seguro de que muchos de ustedes estarán leyendo su propia historia. ¿No es verdad, en principio, en lo que estamos pasando, en lo que Dios está haciendo con nosotros, derrotándonos, desconcertándonos, llevándonos a un término, a un vacío y desamparo? Y con todo, por un extraordinario poder que no sentimos, del cual no somos conscientes, seguimos adelante. Estamos siendo apartados y enderezados. Es la historia de tantos que han sobrevivido, cuando parece que todo se ha ido, que estamos perdidos, que hemos fracasado, caído, defraudado al Señor, que no puede haber ningún porvenir.

Pero hay un porvenir. Hemos continuado. Hay algo en nosotros que está todo el tiempo agarrándonos, y puede ser que nuestros corazones estén hoy más firmes y

determinados, en lo que es de Dios, que antes. ¿Y por qué? No porque hayamos tenido más éxito o porque hayamos tenido menos fracasos y debilidades. No; más bien porque hemos aprendido la lección de nuestra propia debilidad. Sabemos hoy mejor que nunca "*que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien*" (Romanos 7:18). Y, sin embargo, lo que el Señor ha ganado en nosotros es hoy más fuerte y profundo. ¿Qué es esto? Es un misterio. ¡Oh gracias a Dios, es verdad! ¡Gracias a Dios por Su gracia soberana! Estas son las pruebas de que Él nos ha llamado a una gran vocación y de que no estará satisfecho, hasta que nos haya llevado al final de todo Su propósito. Quiera Dios que sigamos adelante, cualquiera que sea el costo.

Capítulo 5

EL JORDÁN, UN CAMBIO DE SITUACIÓN

Lectura: Josué 3 y 4:1-9

El paso del Jordán que leemos en estos versículos nos presenta, ya consumado, todo lo que el Señor está diciéndonos en esta serie de estudios. Debe estar bastante claro para nosotros, cuando lo leemos, que representa un momento muy crítico en la historia de este pueblo. Es el punto culminante de un largo proceso de preparación, el comienzo de una nueva y maravillosa fase de su vida. Además, por el Nuevo Testamento que lo confirma bastante, vemos que es una representación, en nuestra época misma, de la vida de los hijos de Dios y de los que quieren ser hijos de Dios. En efecto, el Nuevo Testamento recoge este incidente de la vida del pueblo de Israel y declara que era un tipo o figura, que su significado real, permanente y espiritual se relaciona con el cristiano o el que desea serlo.

De manera que hoy, en la actualidad, y en nuestra situación presente, nos hallamos en realidad en esta parte del libro de Josué. Se aplica a nosotros. No estamos leyendo meramente de muchos siglos atrás, con la idea de que algo sucedió entonces, en la vida de este pueblo, al pasar del desierto a la tierra de Canaán. Estamos leyendo desde entonces hasta hoy. Lo estamos adelantando y diciendo: "Eso no es de aquel tiempo, es de ahora; y esto es eso, o eso es como debería ser". Lo maravilloso es que podría ser ahora, en este mismo momento, en experiencia. Josué dijo: *"Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros."* Eso es ahora posible, eso puede ser de actualidad. Por lo tanto echémosle una ojeada, pues vivimos muy cerca de todo lo que hemos estado considerando en estos capítulos anteriores o sea, abrir la senda del camino celestial.

EL OBJETIVO A LA VISTA EN LA TRANSICIÓN

Recordemos primero el objetivo, la finalidad a la vista en esta transición, este paso del Jordán. Tenemos la interpretación espiritual. Está mostrado como una ilustración de la vida de resurrección y en unión celestial con Cristo. Ése es el objetivo al cual Dios ha llamado a Su pueblo. Eso es precisamente a lo que el Señor nos llama por Su gracia: a vivir en unión con Cristo resucitado; unidos a Él sobre la base de la vida de resurrección. Y no sólo eso, sino unidos igualmente a Él, por el Espíritu Santo, en Su vida celestial, es decir, una unión con Cristo como estando nosotros mismos en el cielo, con todo lo que eso implica.

Ése es el objetivo, el mínimo irreducible de la voluntad de Dios para Su pueblo. Si no llegamos a una unión con el Señor Jesús, sobre la base de la vida de resurrección, no hemos llegado para nada a ninguna unión. Es decir, que en todos los propósitos y valores prácticos, no conocemos en realidad nada del significado de estar «unido al Señor». Hay muchos que conocen algo de lo que es estar en unión con un Cristo viviente, pero que conocen quizás muy poco, a lo sumo no bastante, de la unión celestial con Él y todo lo que eso encierra. Hasta que llegemos a eso, no hemos llegado al objeto mismo de nuestra salvación, ni a la satisfacción de Dios al salvarnos. Debemos ver lo que eso significa.

LA TRANSICIÓN

1) A LA AUTORIDAD DE CRISTO

Teniendo claro el objetivo delante de nosotros, miremos más de cerca a la transición. Esta transición tenía dos aspectos. En primer lugar, representa una transición de la autoridad de las tinieblas a la autoridad de Cristo. A pesar de que llevaban muchos años fuera de Egipto, este pueblo había estado, hasta este momento, bajo la autoridad de las tinieblas. El caso es que Egipto venía apenas de salir de ellos. Es posible para nosotros ser salvos del mundo de un modo exterior y no ser salvos de él de un modo interior.

A través de los años en el desierto, Egipto había conservado una fuerza dentro de ellos. Esa generación recordaba a Egipto sin cesar. *"Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto"* (Éxodo 16:3). ¡Oh que nos hubiésemos quedado en Egipto! Aún estaba dentro, aún tenía un agarradero en ellos; soñaban y se imaginaban que estarían satisfechos allí. No habían llegado completa y totalmente a esa emancipación que resuelve, de una vez por todas, que no hay nada atrás, allí, en ese mundo; nada en absoluto. El pensamiento mismo de ello es repugnante, es aborrecible, significa desolación.

Eso ocurre incluso en cristianos que, a veces, bajo la carga y la presión, piensan que sería mejor volver al mundo, que lo pasarían mejor. Pero el Jordán liquidaba eso. El Jordán acabó con lo que se había quedado y había estado escondido durante todos los años de desierto. Esa autoridad, esa dominación interior, se terminó finalmente en el Jordán. Era una transición, la transición completa de la autoridad de las tinieblas a la autoridad de Cristo, hablando de manera simbólica.

Voy a decir otra vez, algo que he dicho a menudo. Hay tal cosa como tener y conocer a Cristo cual nuestro Salvador, sin conocerle como nuestro Señor. Es decir, solamente para la salvación; como el que nos salva de la condenación, del juicio venidero, del infierno. Y, sin embargo, ¡oh cuánto más es Él posible y real para nuestro conocimiento! Desde el éxodo, la salida, hasta el "eisodus", la entrada, la distancia es demasiado larga. Hay entre los dos un espacio muy grande. Cuántos cristianos, salvos desde mucho tiempo, después de oír el mensaje de Dios, hacen Señor a Jesucristo, descubriendo que ese intervalo entre los dos (entre Jesucristo Salvador y Jesucristo Señor), ha sido muy grande, demasiado, y que esto habría debido ser mucho antes.

El Jordán habla, no tan sólo de nuestro descubrimiento de Cristo como nuestro Salvador que nos salva del juicio y de la muerte, sino de nuestro descubrimiento de Él como Señor, con todo lo que significa el que sea Señor. Es cuando es Señor que empezamos a descubrir las riquezas insondables que están en Él.

(2) A LA FERTILIDAD DE LA VIDA EN EL ESPÍRITU

El Jordán representa también la transición de la desolación y la esterilidad de la naturaleza, a la fertilidad de la vida en el Espíritu. ¡Habían vivido tanto en ellos mismos! La vida del yo, la vida natural, se había afirmado mucho. Sus propios intereses, sus ventajas o desventajas habían ocupado un lugar grande en su horizonte. Murmuraban, si las cosas según el propósito de Dios no eran fáciles, que iban en contra de lo natural. Si las cosas iban bien, por supuesto, era muy normal regocijarse. Era de cualquier modo la naturaleza. La naturaleza que se regocijaba porque las cosas

eran fáciles, la naturaleza que protestaba porque las cosas eran difíciles. Era la vida de la naturaleza. ¡Qué árido desierto fue para ellos! Un desierto fuera y dentro. Y ahora el Jordán pone fin a eso. Representa una transición de esa vida en la naturaleza, en la carne –vida estéril y desolada–, a una vida en el Espíritu.

En cuanto a ese Hombre que luego afrontó a Josué como representante de Dios, yo creo que no era otro que el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, el Capitán del ejército del Señor. Es como Él se llama: "*Príncipe del ejército de Jehová*" (Josué 5:14). "*No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos*" (Zacarías 4:6).

Desde ahora en adelante, Él va a hacerse cargo. ¡Qué situación tan diferente obtendrá! Será la vida en el Espíritu. Sí, habrá fertilidad ahora. No una vida sin resbalones y errores, esto ocurre, sino una vida ajustada al Espíritu. Había de ser una vida de progreso, de crecimiento, de enriquecimiento constante; una vida de entrada a la herencia: "*Toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*" (Efesios 1:3). De la esterilidad de la vida natural a la fertilidad de la vida en el Espíritu. Ése era el significado de la transición del Jordán.

EL GRAN PIONERO VA ADELANTE

Vengamos, pues, al punto real y central de todo ello: al gran Pionero (esta vez escrito con una gran letra mayúscula). El gran Pionero, está representado por el arca del Señor de toda la tierra. Una vez más, esto no es ninguna interpretación imaginaria. Con categórica afirmación, el Nuevo Testamento garantiza la interpretación que ese arca era un tipo del Señor Jesús. No vamos a demostrarlo ahora con las Escrituras, pero es así. El arca tipifica a Cristo. La gran transición iba a hacerse. ¿Cómo se haría?

"*He aquí, el arca del pacto del Señor de toda la tierra pasará delante de vosotros en medio del Jordán*" (Josué 3:11). "*Pero entre vosotros y ella haya distancia como de dos mil codos; no os acercaréis a ella*" (Josué 3:4b). No es posible saber exactamente lo que era esa distancia, porque hay tres medidas de codo en la Biblia. Desconocemos de cuál de ellas se trataba, pero calculando con la más pequeña, había más de un kilómetro entre el arca y el pueblo.

¿Por qué eso? 'Guardad la distancia, no os acerquéis, guardad ese gran espacio entre vosotros y el arca'. (Nosotros diríamos: "entre vosotros y Él"). ¿Por qué esa distancia tan grande?

A) LA GRANDEZA DE CRISTO EN LA MUERTE

¿No nos habla esto, en primer lugar, de la grandeza de Cristo en la muerte? Porque aquí dice entre paréntesis: "*el Jordán suele desbordarse por todas sus orillas todo el tiempo de la siega*" (Josué 3:15b), y éste era precisamente el tiempo. "El Jordán suele desbordarse por todas sus orillas": una gran inundación, más allá de su cauce, extendiéndose en todas las direcciones. Sabemos muy bien que esto habla de las aguas de la muerte y del juicio. Habla de la cruz del Señor Jesús. Puesto de pie en la riada, en la destructora inundación del poder de la muerte, se estuvo Él parado, exactamente en el centro, de lleno en su hondura, en su largura y en su anchura; lo detuvo todo.

¡Qué grande es Cristo en la muerte! La muerte no es una cosa insignificante; la muerte es un poderoso torrente arrollador. Él ha sondeado sus profundidades, ha tomado su medida y la ha destruido. Allí está Él; se mantiene de pie ante la muerte.

Ésta ha perdido su poder. La muerte es rechazada con desprecio. Se le prohíbe avanzar. La descripción de esto es maravillosa. De un lado, había el enorme muro de agua levantado; del otro lado, directamente hacia abajo, el mar Muerto. Todo ello nos revela que la muerte enmudeció, se secó por entero. ¡Qué grande es Cristo en la muerte! ¡Es incomparable! Él está solo en esto. Nadie más podía hacerlo.

B) CRISTO ÚNICO EN LA MUERTE

Además habla no tan sólo de la grandeza de Cristo en la muerte, sino de Cristo único en la muerte. No hay nadie que le iguale. ¡Oh qué blasfemia es hablar sobre la muerte, incluso de la más heroica, de un soldado dando su vida por su país, como comparable a la muerte de Jesús! No. Sea lo que sea el heroísmo –y puede haber mucho que honrar, valorar y apreciar–, por grande que sean el heroísmo y el sacrificio de los hombres, no llegan cerca de los dos mil codos. Hay una distancia en medio. Dios ha puesto esa distancia y dice: 'Esto es inviolable. Él es aparte. Nada puede acercarse a esta gran obra poderosa de Jesucristo. Nadie más la ha hecho y nadie puede hacerla. Tiene que ser hecha por Él solo'.

C) LA SOLEDAD DE CRISTO EN LA MUERTE

Solo. Miren la soledad de esa figura: el arca. Olvidemos por el momento que estaban los levitas que la llevaban en sus hombros. La descripción que se nos da, no tiene en absoluto la intención de poner a la vista los sacerdotes, sino de tener sólo este arca a la vista, de contemplarla a lo lejos. Es una distancia grande. Si era no más que de un kilómetro, eso es ya una buena distancia para mirar desde allí un objeto como ese, pequeño y solitario, allá, afuera. ¡Qué solo estuvo Él en la muerte! *"...Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron"* (Mateo 26:56b). Él dijo: *"...y me dejaréis solo..."* (Juan 16:32). Y lo hicieron. Y después la punzada más profunda y dolorosa de todas: *"...Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"* (Mateo 27:46). Su soledad en la muerte está representada por el arca, allá, afuera. Mírenlo: *"He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo"* (Juan 1:29).

¿Por qué esa soledad? No había ningún otro que pudiese pagar el precio del pecado. No hubo ningún otro bastante grande para cargar con el pecado del mundo. El hecho de ser el único que podía hacerlo, lo envolvió en esta soledad total.

¿Quién podría soportar, en su pleno conocimiento, el desamparo completo de Dios? Gracias a Dios, no será nunca necesario que lo conozcamos. Nunca hará falta que tengamos conciencia por un momento, de que Dios nos ha abandonado. Eso no es necesario y es más, no podríamos seguir viviendo. Pero Él lo conoció. Él, el Hijo de Dios, pasó por eso. Es el precio que pagó como Pionero, el Pionero de nuestra salvación, el Pionero de nuestra herencia, el Pionero que nos pone en posesión de todo a lo que Dios nos ha llamado mediante la unión con Cristo. El Pionero tenía que pagar el precio final de su completa soledad.

¿No es esto algo del suspiro, del grito que leemos en Isaías 53? Sí, Él es el Único, solo allí, herido por nuestras rebeliones, castigado de Dios y afligido: Su vida hecha ofrenda por el pecado. Pero *"verá linaje, prolongará sus días"* (Isaías 53:10 V.M.). Y de esa soledad vendrán, en una gran multitud, los hijos de Su aflicción.

IDENTIFICACIÓN CON CRISTO

POR LA FE Y EL TESTIMONIO

Después está la identificación con Él por la fe y el testimonio. No, no podemos llegar a eso literalmente, en realidad. Gracias a Dios no es necesario. Quiero decir, que no somos llamados a pasar por todo lo que Él pasó, pero somos llamados a tomar una posición de fe, a dar fe de ello de una manera muy práctica. No es sólo entrar en esta identificación y pasar por ella tomándola como nuestra, sino reconocer que es nuestra sólo por Él, sólo nuestra en Él. Hay una identificación de vida con Él.

Esta identificación por la fe y el testimonio, se ve en lo que Dios mandó acerca de lo que debía hacerse: *"Tomad del pueblo doce hombres, uno de cada tribu, y mandadles diciendo: Tomad de aquí de en medio del Jordán, del lugar donde están firmes los pies de los sacerdotes, doce piedras, las cuales pasaréis con vosotros, y levantadlas en el lugar donde habéis de pasar la noche"* (Josué 4:2,3).

Doce hombres tenían que llevar estas piedras fuera del lecho del Jordán, fuera del lugar donde todo esto se llevó a cabo por el gran Pionero de la redención. Observen: "uno de cada tribu". En efecto, cada hombre de cada tribu está aquí representado. Para cada uno es un asunto personal, *"cada uno... una piedra"* (v. 5). Tiene que ser una transacción personal, un testimonio personal, una apropiación personal. Es tomarlo sobre nuestros hombros, como sometiéndonos a todo su significado. Es nuestro compromiso en esto, nuestro compromiso en la muerte del Señor Jesús, al hecho que en Él morimos, nuestro compromiso en Su sepultura: *"somos sepultados juntamente con él"* (Romanos 6:4), luego nuestro compromiso en Su resurrección.

Las piedras en el Jordán significan nuestra unión con Él en su muerte y su sepultura. Las piedras llevadas fuera del Jordán y levantadas como monumento conmemorativo en la otra orilla, significan nuestra unión con Él en la resurrección.

Pero ha de ser una transacción práctica, personal, individual. *"Cada uno... una piedra"*. ¿Ha tomado usted personalmente la piedra sobre su hombro? ¿Lo ha hecho de manera definitiva? Sabemos cómo el apóstol Pablo nos dice que nace el testimonio; es tan familiar: *"Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva"* (Ro. 6:4). Eso es esta historia, de manera muy clara, así, sencillamente. Por el bautismo declaramos que hemos tomado la piedra sobre nuestros hombros, hemos hecho de esto nuestra responsabilidad, nos hemos comprometido de una vez para siempre.

Déjenme decir de nuevo: No es sólo ser salvado del juicio, de la muerte y del infierno, sino ser salvado para todo lo que está en el corazón de Dios. Ya no es lo que vamos nosotros a obtener ni cuánto nos va a afectar. Eso es la vieja tiranía. Ya no es la situación personal, es lo que el Señor quiere; es lo que le satisfará y le glorificará. Ésa es la pasión del corazón que así se ha entregado. Cuando Él nos hace pasar por eso – que nos hace pasar por encima de la valla del egoísmo, de los intereses materiales, del dominio carnal, al terreno en que, el Señor y lo que Él quiere, es el todo–, habremos hallado la tierra que fluye leche y miel: las riquezas de Cristo; y habremos entrado en un cielo abierto. Mucho de nuestra vida cristiana y de nuestro trabajo giran en torno al yo. Hasta que cambiemos totalmente del yo al Señor, no conoceremos nada de la plenitud espiritual de la vida celestial. Es esto lo que se representa aquí.

Que el Señor nos halle a todos haciendo esta gran transición, esta declaración: "Cada uno... una piedra". Todo lo que ese Jordán significa, tiene que descansar en nuestros hombros.

Capítulo 6

EL CAMINO DEL PROPÓSITO DE DIOS

No vamos a leer por ahora, pero a lo largo de nuestra meditación tendremos como referencia el libro de Josué.

LA FINALIDAD DEL CAMINO

Antes de considerar el camino hasta el fin, es necesario que mostremos la finalidad del camino. Hemos comenzado, observando que Dios empezó con los cielos, prosiguió con la tierra y que, al final de la Biblia, lo que desciende del cielo es la consumación de todo el proceso de Sus actividades a través de las edades. La finalidad es, pues, una expresión cabal de lo que es celestial o una expresión de lo que es la plenitud celestial. Dijimos para empezar que los cielos lo gobiernan todo. Lo mismo que en la naturaleza, así es en las cosas del Espíritu. Todo está gobernado por los cielos. La tierra y todo lo terrenal tienen que tenerlo en cuenta y responder a lo celestial.

Recíbanlo como una verdad espiritual. Lo que es verdad en el reino de la creación natural, no es más que una expresión de la mente espiritual de Dios. Significa que, al igual que esta tierra o este mundo está gobernado y controlado por las fuerzas y los cuerpos celestiales, de modo que si se desviase del ajuste ordenado o de la relación con esos cuerpos, se desintegraría, cesaría, se helaría o abrasaría, dejaría de funcionar como un todo orgánico, es lo mismo espiritualmente. La Biblia entera concuerda con este hecho, que lo que está aquí se relaciona con lo que está en el cielo. Todo viene del cielo, todo ha de responder al cielo y todo en nuestras vidas ha de ajustarse al cielo, porque el Espíritu Santo, habiendo bajado del cielo, es el vínculo que nos une a lo que está en el cielo.

No son sólo ideas abstractas. Son los factores que están exactamente detrás de todo lo que tenemos de la revelación divina en las Escrituras. Toda la Biblia, del primer versículo al último, puede resumirse en esto: que el cielo está desafiando esta tierra, y esta tierra tiene que dar una respuesta al cielo. De ello hay incontables detalles encubiertos, pero es un hecho. De modo que la finalidad de todas las cosas será precisamente que el cielo tomará realidad por entero, en la creación, y, sobre todo, de una manera espiritual, en el pueblo de Dios. Ésta es la finalidad que hacemos ver en seguida.

Ahora, respecto a esta finalidad, debemos notar otra verdad que gobierna. Pero permítanme primero decir algo entre paréntesis. Algunas de estas frases son muy familiares y temo siempre que esta familiaridad con la fraseología, les quite valor. Cuando usamos esta frase: «una verdad que gobierna», detengámonos para captar todo su significado. Significa que si estamos bajo el *gobierno* de una ley, no podemos evitarla. Hay leyes de la naturaleza que actúan en nuestros cuerpos y en este mundo. Están ahí, y no es porque no hagamos caso de ellas que las haremos inoperantes. Hallaremos que a la larga, nos alcanzarán.

Pero ajustémonos a ellas y significarán nuestra salvación, nuestra vida. Nos guste o no, están «gobernando». Así: *"todo lo que el hombre sembrare, eso también segará"* (Gálatas 6:7), es una ley de la que no podemos escapar. Hay muchas leyes como ésta. Por tanto, cuando hablamos de una ley o verdad "que gobierna", se trata de una cosa establecida por Dios en Su universo. Es mejor descubrirla y obedecerla.

DIOS ELIGE SOBERANAMENTE LAS VASIJAS

Vengamos, pues, a esta otra verdad que gobierna, con relación a la finalidad de Dios. Dios escoge vasijas individuales y colectivas o corporativas, las lleva soberanamente de un modo peculiar a una relación con todo Su objetivo y, de lo que hace en ellas, se sirve para muchos más. Él elige soberanamente las vasijas, sean individuales o corporativas (la Biblia abunda en ejemplos), y entonces se pone a trabajar con esas vasijas para hacer algo de una manera extraordinaria, mucho más amplia, a fin de que mediante lo que Él está haciendo en esas vasijas elegidas, pueda alcanzar además, muchas otras. Ésta es una verdad que gobierna. Lo que Él hace en una vasija elegida, sirve para muchas otras más.

VALORES REPRESENTATIVOS

Parémonos en esto por un momento, porque nuestra mentalidad necesita siempre ayuda. Pudiera ser que al leer estas líneas, se digan: "Bueno, no puedo ver que sea una vasija elegida de esa específica manera". Usted está pensando en los hombres de los que nos hemos estado ocupando como los pioneros de este camino celestial: Abraham, Moisés, etc., y se dice: «Yo no soy un Moisés ni un Abraham; no veo de ninguna manera que entre en esa categoría».

Bien, puede que haya individuos entre ustedes –como se dice–, fuera del montón, elegidos de Dios para algo de esta naturaleza. Eso es posible. Pero existe este otro lado, y es que usted puede ser una parte de una vasija colectiva o corporativa; sólo una parte de ella. Si lo es, y lo más probable es que lo sea, pienso que iría hasta decir: "y lo es". Si el Señor ha puesto Su mano en usted y le ha dado este sentido de destino, de que es llamado a algo más que a "ser un cristiano" simplemente, si le ha dado el sentimiento profundo de un llamamiento, si eso está en usted, puede entender que está relacionado con un propósito más grande. Si eso es verdad, no debe considerarse solamente como un individuo y, por consiguiente, mirar sus experiencias y las relaciones de Dios con usted, como si fuese la única persona, como si fuese usted algo muy especial.

Permítanme decirlo de otra manera. Es posible que esté pasando por lo que Dios está haciendo con una vasija colectiva y que no vea ningún significado en lo que concierne a su propia vida. "¿Por qué paso por eso?", se preguntará. La respuesta es: porque es usted una parte de un conjunto más grande. ¡Tantas veces hallamos esa gran presión en nosotros, personalmente! Cuando nos ponemos a cambiar impresiones, nos enteramos de que otros creyentes, relacionados espiritualmente con nosotros, están teniendo la misma experiencia. Es la gran ley del cuerpo. *"De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él"* (1 Corintios 12:26). ¿De qué se trata?

Bueno, ve usted, es colectivo, es corporativo. Aunque no podemos saberlo todo ni seguirlo para ver cómo se está resolviendo, Dios actúa de manera corporativa y somos una parte de ello. Estamos llevando el peso de algo mucho más grande que nosotros. Esa relación espiritual está implicándonos en este propósito más extenso de Dios, que tiene que ver con lo celestial, lo cual es mucho más importante que esta tierra. Es eso que hace de nosotros una unidad. No es que nos unamos a un cierto grupo, que tengamos nuestro nombre en la lista de miembros o que se haga algo para reconocernos públicamente como miembros. No es eso. Se puede estar a muchos kilómetros, a centenares o miles de kilómetros y, sin embargo, sentir las repercusiones porque estamos vinculados con esta cosa celestial que Dios está haciendo. Cuando introducimos el cielo, todas estas cosas terrenales: geografía, distancia y tiempo desaparecen; allí no existen.

¡Oh que tuviésemos el concepto celestial de la Iglesia! ¡Qué necios son nuestros conceptos terrenales de la Iglesia! Debemos salir de esta tierra y de todo lo que está aquí en cuanto a lo que llamamos la Iglesia. Descubrimos entonces que en el cielo es sólo una unidad. Todo eso no existe allá. Es en lo que estábamos en nuestro último capítulo, cuando hablábamos sobre el paso del Jordán. En ese Jordán algo fue dejado atrás. El pueblo se fue de la base terrenal a la celestial. Volveremos a eso después. Pero ha de ser una realidad espiritual, un conocimiento en el que empezamos a entrar. Mientras nosotros mismos no podemos explicar ni comprender por qué puede ser que lo pasemos mal, la explicación celestial es que estamos envueltos en algo relacionado con el propósito más completo de Dios, y estamos sufriendo o pasando por esta experiencia, de manera corporativa. Es muy maravilloso, cuando al encontrarnos con otros creyentes –con quienes tenemos comunión espiritual–, comprobamos que han estado pasando exactamente por lo mismo que nosotros. El Señor les ha estado diciendo algo y haciendo con ellos algo que no es corriente o habitual, sino bastante extraordinario.

VALORES INTRÍNSECOS

Ahora bien, todo eso está en conexión con el hecho, mencionado antes, de que Dios elige vasijas individuales o colectivas, y lo que hace en ellas sirve para un número de personas mucho más grande. Esas vasijas, sean individuales o sean colectivas, son representativas de lo que Dios busca en una escala y en una esfera mayor; pero comienza en ellas. Pienso que es lo que Pablo expresa cuando dijo: "*en mí el primero ...para ejemplo*" (I Timoteo 1:16). Pienso que quiso decir que él era representativo de lo que Dios iba a hacer a través de él. Todo lo que el Señor iba a hacer por medio de él, en un terreno más vasto, en las iglesias, en las provincias y en las naciones era representativo, era en señal. Dios iba a operar en más amplia escala a través de ese hombre, no dándole algo que decir, sino haciendo algo en él.

En eso nos hemos equivocado. En primer lugar, Dios *hace* una cosa. Él realiza una representación viva de Su más completo pensamiento, por medio de relaciones peculiares y excepcionales con una vasija. Hay muy poco que sea corriente en la vida y la experiencia de esa vasija. Todo es extraordinario. Esas vasijas representativas, sean individuales o colectivas, son elegidas para que en ellas se establezcan los *valores intrínsecos, esenciales*, destinados a una esfera y a un campo más grandes; algo que

pueda extenderse, que vaya mucho más allá de ellas mismas, que sea capaz de más agrandamiento y expansión.

En química se habla de "tintura madre". Es decir, una tintura que se puede extender y repartir al diluirla. Las diluciones obtenidas son de la misma esencia, de la esencia concentrada. Pero llevar a cabo en alguna vasija lo que producirá valores intrínsecos, la esencia concentrada, es un trabajo inmenso. Nada es ordinario en ese terreno. Algunos de ustedes puede que lo comprendan por experiencia. La manera como Dios se ocupa de usted no es corriente, de ningún modo. A veces sentirá que la concentración en su experiencia es demasiado concentrada. Usted se pregunta cómo, sometido a ese trato del Señor, conseguirá pasarlo todo.

Me estoy ajustando a la Biblia. No se imaginen que estoy hablando fuera de ella. Me apoyo en lo que la palabra de Dios revela. Ésa es la experiencia, no ordinaria, de Abraham: una concentración de la obra de Dios en ese hombre. Piensen en la inmensa multitud que de eso ha sacado los valores. Más de una vez Abraham llegaba a donde no podía soportarlo, al punto de ruptura. Dios tenía entonces que intervenir para abrirle paso. Nadie ha tenido nunca que ver con alguna cosa, que más ponga a prueba, como el valor intrínseco de lo celestial.

En nuestra naturaleza somos, en todos los aspectos, totalmente terrenales y terrosos. Tenemos que *ver y sentir* lo que es tierra. Hemos de tener todas las evidencias. ¡Hemos de tener tanto de lo terrenal! Pero Dios nos lleva al instante fuera de la tierra; quiero decir de un modo espiritual, y, por así decirlo, nos cuelga en medio del aire. Es una clase de existencia muy precaria, difícil en extremo.

Usted no sabe dónde está, no puede explicarlo, no puede pisar el acelerador sin parar ni tener alguna seguridad. Dios está perturbando todos sus cálculos e interpretaciones, y haciendo absolutamente necesario que tenga otra clase de sabiduría y de comprensión que no pertenecen a esta tierra, a este mundo o al hombre. Es celestial. Ésta es la experiencia de esos pioneros del camino celestial. Óiganlos llorar por su terrenidad, a veces incluso quejarse al Señor. Escuchen a Jeremías: no entendía nada. Era lo intensivo, los valores intrínsecos que Dios buscaba.

MINISTERIO ESPONTÁNEO

Está luego, además, el ministerio espontáneo. Subrayo la palabra «*espontáneo*»; no el ministerio organizado, sino el ministerio *espontáneo*. Cuando es así, tenemos solamente que *ser* para que se produzca. ¿Lo entienden? Tenemos tan sólo que ser como eso para que se manifieste. No podremos más callarlo o encerrarlo, no podremos impedirlo, como no podemos impedir que brille el sol.

Notarán que es lo que el Señor buscaba al principio de Su ministerio. En primer lugar, Él tomó un grupo de hombres, individuales, y los hizo pasar por esa disciplina. No fue todo tan simple como se lee. Podemos leer los Evangelios que cubren la historia de tres años de compañerismo, entre esos discípulos y el Señor, y leer el relato de esos últimos días en la tierra, y después la cruz. Bien, es una historia extraordinaria en sí misma; pero no se ha consignado todo lo que ocurrió dentro de esos hombres, porque no era posible. Incluso durante esos tres años, me atrevo a decir que estaban una y otra vez que no podían más. No sabían dónde estaban, lo que

eso significaba y a qué los llevaba. Intentaban todo el tiempo traer las cosas dentro de los límites de sus propias ideas, de su propia mentalidad, para interpretarlas a la luz de la profecía, y así sucesivamente, bajándolas de acuerdo con la normalidad. Pero Él los dejaba perplejos todo el tiempo. Era un continuo enigma. No podían comprender a ese Hombre. Nunca hacía las cosas de manera usual ni siquiera según Moisés, y se decían: «Lo está trastornando todo. ¿Qué está haciendo? ¿Qué quiere decir?»

Y después la cruz. No podemos leer cuan grande fue la perplejidad de esos hombres e intensa la angustia de su alma, en aquellos días. Se puede comprender solamente por nuestra propia experiencia, cuando el Señor empieza a hacer así, que no entendemos nada, y contradiciendo todas nuestras esperanzas, pareciendo ir enteramente en sentido contrario a lo que pensábamos tener derecho de esperar de Él. Pero Él no hace lo que esperamos. Su manera de tratarnos, nos pone a veces entre la espada y la pared. Los hombres que Él escogió pasaron por una experiencia muy profunda.

Entonces, por medio de esos hombres, Él tuvo las iglesias, grupos de creyentes, y así se empezó. Hay una clase peculiar de disciplina y de formación que pertenecen a la vida corporativa. Es cuando usted deja de ser simplemente una unidad separada, como cristiano, y tiene que vivir una vida relacionada, que entra en relación con otros creyentes para vivir esta vida corporativa, una vida celestial en la tierra. El Nuevo Testamento enseña que eso es todo menos una cosa fácil. Se puede pensar, mirándolo objetivamente, que es algo muy bello estar en una asamblea; pero no siempre es así. Puede que algo esté pasando allí. Dios los está tratando de forma, a veces tan profunda y extraordinaria que no se sabe lo que Él quiere decir. Todos lo están experimentando. Es un camino difícil de entender, un camino de sufrimiento. Sufrimos juntos como asamblea. Es un sufrimiento corporativo, un trabajo corporativo. Así que estas iglesias nacieron y pasaron por eso. Fueron enseñados también; pero en todo lo que les ocurría en el camino de la instrucción y la enseñanza, había siempre la disciplina correspondiente del Espíritu Santo. El Espíritu Santo los tenía en Su mano y los trataba enérgicamente. La obra se estaba haciendo.

Les daré un ejemplo. Miren lo sucedido en Corinto. ¿Qué era lo que Pablo les decía? *«Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen»* (1 Corintios 11:30). Hay aquí una historia espiritual secreta. El Espíritu Santo se había apoderado de la situación. Podrían haber opinado de manera natural: «Alguien está enfermo, envíen a buscar el médico». Pero espere un momento. ¿No puede haber algún factor espiritual que esté vinculado con esa enfermedad? ¿No puede tener algo que ver con esto el Espíritu Santo? Pablo dice: ¡Sí! No significa que todos los que están enfermos son delincuentes espirituales, pero el principio está ahí. La Iglesia está siendo tratada por el Espíritu Santo respecto al propósito más completo de Dios.

La cosa está bastante clara. Dios escoge primero individuos y después grupos de hombres y mujeres. Se ocupa de ellos de esta manera, para que tengan un ministerio espontáneo. No un ministerio porque dan un mensaje o dicen una verdad, sino debido a lo que Dios ha hecho en ellos. Se produce sencillamente, eso es todo. De algún modo u otro, ocurre sin que podamos explicarlo. El Santo Espíritu ha tenido en cuenta algo y lo está utilizando. Está viendo que lo que Él ha hecho allí se extiende, se alarga. Se manifiesta. Pablo dijo de la iglesia en Tesalónica: *«Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo*

lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada» (1 Tesalonicenses 1:8).

¿Piensan ustedes que eso significa necesariamente que ellos mandaron evangelistas? Puede que lo hicieran, pero no es lo que leemos. Miren el contexto y verán lo que Pablo dice: 'En todo lugar, en otras iglesias, hablan de vosotros, de modo que no necesito hablar nada: se sabe'. Era un ministerio espontáneo de lo que Dios hacía. Dios se ocupaba de ellos para obtener esos valores intrínsecos, y no los iba a desaprovechar.

Así, la finalidad que Dios tiene a la vista, está gobernando todas sus relaciones con Sus instrumentos. La plenitud celestial es Su finalidad. Es lo que motiva todas Sus relaciones con los instrumentos que Él ha escogido, en lo que se refiere a esa finalidad. Él los está llevando a la plenitud celestial.

Tenemos que darnos cuenta de que nada con Dios es un fin en sí mismo. La conversión en sí no es un fin. Es una enorme tragedia conceptuarla de esa manera, pararse ahí, y sentirse muy satisfecho. Quédese en la conversión y vea lo que pasa con usted o con cualquier otro. ¿Qué pasa? Todo el sentido del propósito se extingue; toda esa vitalidad de la conversión se calma y usted tiene simplemente un grupo de gente convertida. Se han convertido, han creído en el Señor Jesús. Pero no son más que un grupo de gente convertida y, el problema más grande, hoy día, es probablemente: muchas personas convertidas en esta tierra. Se han parado; su conversión ha llegado a ser un fin en sí misma.

La vida de asamblea no es un fin en sí. Reúnan un grupo de creyentes corporativamente y déjenles poner su propia barrera alrededor, ser algo a sí mismos y pasarlo bien solos. Lo mismo ocurrirá e igualmente en cuanto a la obra del Señor. Si la obra del Señor es en sí una finalidad, de modo que llega a ser la cosa excelente, es de nuevo una tragedia. En cierto modo tomamos posesión de la obra del Señor; tal vez de la obra misionera como llamamos o de cualquier otra clase de obra específica, y entonces eso específico se cierra en sí mismo por completo. Esa esfera se obtura o ese trabajo se acaba y usted tiene que volver a empezar, y lo habrá perdido todo. La obra era algo en sí.

Volvamos a eso. Si el Señor ha hecho en usted, en mí o en un grupo algo de esa índole, con esa esencia concentrada de lo celestial, nada es un fin en sí. La esfera puede cambiar, la forma variar, pero eso está ahí. Dios tiene lo que Él quiere y encontrará un camino para ello, si en verdad es celestial. Interrumpimos nuestro ministerio y nuestra propia utilidad, cuando lo bajamos a la tierra. Hágalo *su* ministerio, *mi* ministerio y lo habrá reducido del todo a la tierra. No adelantará, no logrará la finalidad de Dios.

¡Oh el querer poseer las cosas en el terreno de Dios y hacerlas nuestras! Quiero decir aquí que, si usted tiene un mandato de Dios, si tiene la unción del cielo, si Dios le ha dado un ministerio y no lo está usted sujetando como suyo ni considerando la realización como suya, se llevará a cabo, y ni tierra ni infierno podrán detenerlo. El cielo se ocupará de ello. Pero debe mantenerse con relación al cielo. La unción es del cielo. Todo lo que la unción significa tiene que estar con relación al cielo y el cielo se encargará de ello. Metan a Pablo en la cárcel y su ministerio se realizará. Está

relacionado con el cielo, *"el cielo gobierna"* (Daniel 4:26). Pero si en alguna parte lo hemos bajado a la tierra, entonces el cielo no va a patrocinarlo. Hay mucho que decir sobre eso.

Ahora bien, ya que la finalidad de Dios es la plenitud espiritual y celestial, y de que es por el camino del ensanchamiento progresivo, deberíamos estar muy interesados acerca de lo que ese camino es. Realmente debería interesarnos lo que es el camino celestial, lo que es el camino celestial al propósito de Dios. *"Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron"* (Romanos 15:4a), y este libro de Josué está entre las cosas escritas antes para nuestra enseñanza. Nos da muchísima luz en esta cuestión del camino celestial. Pero el camino celestial es muy contrario al terrenal. No sé lo que ustedes están esperando pasar o experimentar cuando decimos que la finalidad de Dios es la plenitud espiritual, y que es algo en lo que Dios está trabajando. ¿Qué esperan que va a pasar? Pienso que la primera parte de este libro contiene bastante luz sobre eso.

EL ESPÍRITU SERVIDOR

Miremos ahora a Josué. Recuerden que Josué es representativo aquí –en el pensamiento de Dios–, de todos los santos y de todos los servidores de Dios. Lo que Dios hizo en Josué es lo que iba a hacer en todos aquellos para los que había de servir. Dios lo hizo en él, con relación a una compañía más grande. Bueno ¿cómo empieza eso? El libro de Josué empieza así: *"Aconteció después de la muerte de Moisés siervo de Jehová, que Jehová habló a Josué hijo de Nun, servidor de Moisés"*. Con todo lo que está a la vista en este libro, cabe pensar que tuviera mejor comienzo que este: Moisés el siervo de Jehová y Josué tan sólo el servidor de Moisés. No es presentado con algún título oficial como: "servidor de Jehová". No es introducido de ninguna manera sobre ese terreno oficial. Es sólo un servidor. La misma palabra se usa para Juan Marcos: *"...Tenían también a Juan de ayudante"* (Hechos 13:5). ¿Qué es un servidor? Si hay una cosa acerca de un servidor, es ciertamente que conoce esa clase de sujeción que le hace posible ejecutar lo que le mandan. Es así que el poderoso Josué ha de ser y es como él empieza.

Sabemos la importancia de Elíseo. ¡Qué extraordinario lugar vino a tener con la doble porción del espíritu de Elías! Obras mayores que Elías hizo. Recuerden lo que se dice de él: *"...aquí está Elíseo hijo de Safat, que servía a Elías"* (2 Reyes 3:11b). Era el servidor de Elías. Es así como él comenzó.

En el libro de Josué capítulo diez, cuando Josué ordena: *"Sol detente en Gabaón"*, se nos dice: *"Y no hubo día como aquel, ni antes ni después de él, habiendo atendido Jehová a la voz de un hombre"* (v. 14). Este hombre tocaba las cosas celestiales. Es enorme. ¿Dónde empezó? Sirviendo a Moisés. Había aprendido a someterse para hacer lo que le mandaran: ejecutar cosas triviales, ser obediente, ocupar un puesto humilde. No piensen que era fácil para Josué. Josué tenía un alma como los demás. En cierta ocasión, cuando otros profetizaban en el campamento, fue a Moisés y le dijo: *"Señor mío Moisés, impídelos. Y Moisés le respondió: ¿Tienes tú celos por mí? Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta..."* (Números 11: 26-30). Josué tenía un alma; Josué podía defender sus propias ideas. Era entonces un joven. Pero al fin sale a comenzar la

gran obra de su vida. Ahora él aparece en el real propósito del soberano llamamiento de Dios. El relato empieza: "...Moisés siervo de Jehová...Josué hijo de Nun, servidor de Moisés". ¿No es esto un principio? Hay algo en eso. Debemos siempre recordar que el Espíritu Santo escribió la Biblia y el Espíritu Santo es consecuente con los principios espirituales. No importa de qué modo se hallan; no importa cuándo, dónde ni cómo; el principio sigue siendo exactamente igual.

Los levitas comenzaban el ministerio a la edad de 25 años, pero no se les permitía asumir la entera responsabilidad hasta los treinta. Durante cinco años eran suplentes de los levitas de pleno derecho. Este principio del servidor se mantiene a través de toda la Escritura. Un período o fase de prueba precede siempre la aprobación total. La intención particular de ese período es inculcar la capacidad de obedecer, de recibir órdenes, de someterse, de servir. Mientras no aprendamos a servir, la plenitud quedará detenida. No debemos presumir de que somos algo. Lo que podamos ser ha de proceder con naturalidad de lo que en nosotros se ha hecho. Si Dios le llama a servirle, no espere que haya de inmediato e inevitablemente alguna gran demostración de Su poder y plenitud. Josué fue el servidor de Moisés, mucho antes de sucederle y antes de que el espíritu de Moisés se manifestara en él. Dios excava profundamente, pues a Él no le agrada la superficialidad. La medida de nuestra utilidad, respecto a Su pleno propósito, será la medida de la disciplina adquirida en la prueba. No seremos dirigentes espirituales hasta que, como fieles servidores, hayamos aprendido la mansedumbre.

Recuerden, pues, que la sucesión nunca es oficial en las cosas del cielo. Nunca es por selección humana. Las personas a quienes la sucesión les concierne nunca se la arrogan. Usted no puede aspirar a ser el sucesor de lo que Dios ha estado haciendo. No puede pretender entrar en la sucesión o tener algún derecho en ella; y de cierto nadie puede ponerle allí. Si es celestial, la sucesión es soberana y espiritual. No se sabe nunca cómo la soberanía divina va a obrar, pero puede estar completamente seguro de que el propósito divino actuará al contrario de sus ideas, de lo que usted esperaba.

GRACIA SOBERANA

El acto siguiente fue el envío de los espías. Josué mandó espías. ¿Cuál fue el resultado? 'Toda la tierra está delante de vosotros: os la he dado'. (cfr. Josué 2: 9 y 24). *"Desde este día comenzaré a engrandecerme delante de los ojos de todo Israel"* (Josué 3:7). Hay una inmensa plenitud en perspectiva. Entonces, algo muy honroso debe haber a buen seguro. Pues no. Rahab, una ramera, es la llave de toda la situación: una mujer sin reputación o de mala fama, que no tiene ninguna posición social en el mundo. Sin embargo, todo está ligado estrechamente a ella. Eso es soberanía y eso es gracia; y sin ellas no entraremos en el terreno de la plenitud celestial. El futuro gran Josué descubre que todo depende de una mujer de mala fama.

Dios tiene maneras extrañas de humillarnos. Cuántas veces buscamos algo maravilloso, grande, glorioso y noble, algo de reputación, respecto a las cosas grandes de Dios. Entonces, Dios nos hace bajar, nos lleva a tener que aceptar lo que no es reconocido ni admitido. Nos pone en una situación en la que, si queremos encomio, no nos encomiarán.

Si queremos algo como una influencia que nos permita entrar en el campo de la utilidad, pues bien, no se obtendrá. De ese modo, no hay posibilidad de progresar en ninguna parte, en este mundo. Miren qué influencia podía tener esa mujer en Jericó. ¿Piensan que su palabra hubiera influido en algo, hubiera tenido alguna autoridad? No, nada. No había introducción de los altos círculos sociales. Si esta situación no es del cielo, entonces todo está en contra. No estamos obteniendo ayuda; más bien estamos fuera de la corte. Si no es del cielo, no tenemos camino ni terreno aquí. En este asunto, Josué no tiene personas de influencia en la corte. Todo es del cielo, es soberano o no lo es de ninguna manera.

Y es por gracia, pues Rahab está en la genealogía de Jesucristo. ¡Maravilloso! Cuando leemos en el Nuevo Testamento esa genealogía, vemos: ¡Rahab! ¡Oh gracia soberana! ¿Qué podía recomendar a Rahab? ¿Qué podía ponerla en el registro inspirado, en la Escritura Santa, en el linaje de Jesucristo? Nada más que la gracia. Eso es del cielo. Es así todo. Si ha de haber algo de verdadero valor, lo será por la gracia soberana y nada más. Ninguna recomendación. Estamos fuera de la corte. No tenemos nada para apoyar nuestra demanda, nada por naturaleza para avanzar. Es al nivel de Rahab; bien bajo. Piensen en un gran Josué, tener que llegar a eso. Pero es el principio, todo el tiempo, a través de la palabra de Dios.

¡Oh que pudiera mostrarles cómo, una y otra vez, es eso! Dirán ustedes: ¿Por qué parece que Dios hiciera todo por perjudicar Sus propios intereses, el éxito de Sus propósitos, haciéndolo realmente difícil? Podría haber escogido una persona respetable, por lo menos, aunque no fuese importante o eminente. Pero toma a una persona de mala reputación. Hace un rodeo para mantener este asunto conforme con el principio. Esa mujer es la llave de Jericó y Jericó es la llave del país. Ésa es la clase de llave que Él usa.

EL HOMBRE NATURAL EXCLUIDO

Después de pasar el Jordán, Josué ordena que doce hombres, representando cada tribu de Israel, tomen doce piedras, las pongan en el cauce del Jordán y las dejen allí. A los ojos de Dios, todo Israel ha quedado en el fondo del Jordán. Cada hombre está exactamente allí abajo, y dejado allí. Algo ha quedado atrás en el Jordán. Lo que atraviesa y llega a la otra orilla, es un testimonio al hecho que algo ha quedado atrás, porque Gilgal sigue inmediatamente. Algo ha quedado atrás. No lo podemos traer aquí, ha de quedar en el Jordán. No tiene ningún lugar aquí, en el cielo. Este hombre natural, esta idea corintia del hombre, está en el fondo. Dios lo ha dejado allá. Las aguas lo cubren y corren por encima. Está por debajo, sepultado para siempre. "...han estado allí hasta hoy" (Josué 4:9). Es el camino del ensanchamiento espiritual.

Pero Dios ha de conseguir que nos demos perfecta cuenta de ello, y me parece que Gilgal fue la aplicación práctica, del principio implícito en las piedras dejadas en el lecho del río. Esas piedras representaban la unión del pueblo de Dios con Cristo en la muerte y la sepultura. El hombre natural, tan evidente en el desierto, es eliminado, puesto fuera de la vista. Gilgal toma posesión de esta verdad y la aplica perpetuamente. Colosenses 2:11,12, lo confirma: "*En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en*

la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos".

Tenemos que experimentar en nuestras almas –nuestra carne–, la obra severa de la cruz: la muerte de Cristo. Podemos creer toda la doctrina de Romanos 6 y, sin embargo, puede que haya en nosotros una gran contradicción. El cielo no se comprometerá con la carne o la vida natural. Si estamos ocupados en nosotros mismos, hablando de nosotros, de nuestra obra, de que estamos siendo utilizados, y así sucesivamente, no estamos en todos los valores de un cielo abierto. Es muy fácil resbalar del todo inconscientemente, no dando la gloria a Dios, glorificando un trabajo o gloriándonos en la obra misma. Cuando esto ocurre, la atmósfera cambia y las personas espiritualmente sensibles saben que algo ha pasado: una nube ha descendido. El cielo es tan transparente que ningún vapor de la tierra puede subir a ensombrecerlo. La plenitud celestial exige la transparencia en nuestro espíritu.

Capítulo 7

TOMANDO POSESIÓN DE LA HEREDAD CELESTIAL

"Estando Josué cerca de Jericó, alzó sus ojos y vio un varón que estaba delante de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano. Y Josué, yendo hacia él, le dijo: ¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos? Él respondió: No; mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora. Entonces Josué, postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró; y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo? Y el Príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo" (Josué 5:13-15).

"Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos" (Efesios 1:18).

Quisiera aclarar, desde un principio, que no es mi intención tratar sobre la correspondencia entre el libro de Josué y la epístola a los Efesios. Estamos ocupados, en estos estudios, con un pensamiento particular en torno al cual todo se reúne, en el que todo se centra. Es decir, que la finalidad de Dios es tener expresada la plenitud celestial en esta tierra, por medio de un pueblo. Desde que Él estableció los cielos sobre la tierra, el curso entero de Sus relaciones a través de las edades ha sido, y todavía es, desde el punto de vista humano, como una peregrinación espiritual, un moverse de manera espiritual hacia el cielo. Eso no significa forzosamente hacia algún lugar, sino hacia un orden de cosas según la mente de Dios; ese es el orden al que el Señor Jesús se refería cuando, hablando de la voluntad de Dios, dijo: *"como en el cielo"* (Mateo 6:10); tener todo como está en el cielo. Respecto a esto hay un camino celestial, una trayectoria celestial, un viaje celestial y estamos procurando ver, entre otras cosas, la naturaleza de ese camino celestial. Hemos visto luego –dado que muchos no saben más que el principio mismo de ese camino en la conversión–, que el Señor levanta instrumentos en los que Él hace una obra muy profunda, con relación al cielo, a fin de abrir el camino para otros.

Ahora lo proseguimos un poco más. En esta cuestión de llegar a la plenitud celestial, venimos a un punto particular con los dos pasajes que acabamos de leer. La segunda mitad del libro de Josué se ocupa, por supuesto, de la herencia en la que el pueblo entra: su división, su repartición y su posesión. De manera extraña, lo que en la carta a los Efesios corresponde a esto, se presenta rotundamente de otro modo. Se habla de la herencia de Dios en Su pueblo: *"las riquezas de la gloria de su herencia en los santos"*. Me gustaría decir aquí una palabra sobre eso, antes de pasar adelante; porque no es diferente, no es algo más, es la misma cosa vista del otro lado.

El Señor entra en posesión de Su herencia cuando, y sólo cuando Su pueblo llega a ser en realidad un pueblo celestial. Para que el Señor tenga Su herencia, Su pueblo debe estar allí, donde en la epístola a los Efesios se ve que está. Cuando ellos en realidad toman posición y posesión, que llegan a ser de verdad un pueblo celestial, entonces el Señor tiene Su herencia. Ver *"las riquezas de la gloria de su herencia en los santos"*, significa que llegamos al lugar donde Él puede verla en nosotros. Él no puede

ver Su herencia en los santos hasta que los vea en el lugar donde quiere tenerlos, hasta que vea que corresponden de verdad, según Su pensamiento, a un pueblo celestial. Digo esto para aclarar alguna posible confusión, cuando se habla del pueblo poseyendo la herencia, y esta palabra acerca del Señor poseyendo Su herencia.

Ahora bien, nuestro interés no es sólo la verdad de que hay una herencia en Cristo ya para nosotros, ya para el Señor. No sólo la verdad expuesta en la Palabra que, cuando estamos por muerte, sepultura y resurrección en unión con Cristo y en la otra orilla, entramos en la esfera de la plenitud divina. El punto que estamos subrayando es el hecho de llegar a ser, en efecto, un pueblo celestial, que toma posesión de su heredad, no doctrinal, teórica ni bíblicamente, sino *verdaderamente*. Tengo la completa seguridad de que ustedes perciben la verdad, la contemplan, reconocen que es una maravillosa presentación y en sus corazones abrazan la idea. Pero el problema está en que todo esto se conoce muy bien. Ha sido enseñado a muchos creyentes, pero no han llegado de hecho a esa posición en la que *están* allí. ¿Para qué o de qué sirve, pues, toda nuestra doctrina, enseñanza, interpretación, contemplación y todo el resto, si no estamos allí? Por lo tanto, tenemos que considerar el camino para, digamos, *llegar allí*, de manera que se haga realidad.

EL SEÑORÍO DEL ESPÍRITU SANTO

Después de esa obra preparatoria de la que hablábamos poco antes –el dejar nuestro viejo hombre crucificado en el fondo del Jordán, dejarlo allá que las aguas lo cubran–, después de eso y después de Gilgal –a saber el lado negativo, el despojarnos–, viene ahora el lado positivo, el revestirnos, la realidad, el tomar posesión o entrar verdaderamente en posesión de la heredad, el llegar a ser lo que siempre ha estado a la vista. Porque éste ha sido siempre el objetivo, o lo ha sido desde la salida de Egipto. Se menciona en el cántico de Moisés. Sí, se prevé en ese gran cántico profético de liberación a la orilla del Mar Rojo. Ha estado siempre ahí como una noción, pero ha estado lejano, allí afuera en alguna parte, más o menos vivo, según que pasaban los días. Unas veces fuerte, claro, positivo y absorbente, otras pareciendo desaparecer, tenue y distante; un extracto.

Pero ahora, habiéndose hecho esa obra preparatoria, todo surge como una presente y positiva consecuencia. Llegamos a este pasaje que acabamos de leer en Josué 5:13-15. Josué parado enfrente de Jericó «*alzó sus ojos y vio un varón que estaba delante de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano*». El espíritu guerrero de Josué se manifestó y fue a desafiarlo: «*¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos?*», significando probablemente que si decía sí, a la última parte de su pregunta, sería lo peor para el hombre, pues hasta ese momento no veía en él nada más que un hombre. Por la respuesta reveló ser más que un hombre. Josué capituló, cesó su actitud de desafío, se inclinó, adoró, reconoció ser su Siervo y le pidió instrucciones.

¿Quién es esta Persona? Como dije antes, tengo el convencimiento de que en este pasaje especial de la Biblia, esta Persona representa al Espíritu Santo en el Nuevo Testamento. Esto, pienso, se podría confirmar con bastante evidencia. Pero sin demostrarlo con las Escrituras, veamos cómo sacar en claro si, en efecto, lo es.

Varios cambios han tenido lugar. Hasta este punto, la marcha, el gobierno del pueblo, había sido por medio de la columna de nube y de fuego. Todos admitiremos que esa columna representaba al Santo Espíritu; que es objetiva, evidente a los sentidos, característica del desierto. Cuando se entra en lo celestial, mucho es el

Espíritu. Pero aunque hasta este momento Él se veía (por la columna), nunca más se vio. Desaparece de la percepción sensual; pero Él está allí. El invisible Príncipe del ejército de Jehová, está mucho allí, a través de todo lo que pasa. Éste es un cambio. Hay muchos otros. No más tiempo el maná. Ahora el antiguo grano del país, el pan de vida, el alimento celestial en otro sentido; el que pertenece a otro terreno, o sea, Cristo en la resurrección, no Cristo en la humillación, el pan partido. Cristo en la resurrección es el alimento de un pueblo celestial. Éste pertenece al país, el otro pertenecía al desierto. Y así podríamos seguir citando las diferencias. Verán que aquí, en este terreno, todo es, en un nuevo sentido, esencialmente celestial. En otras palabras, es esencialmente espiritual. No sensible, no temporal, sino esencialmente espiritual.

Ahora bien, Pablo dice que el Espíritu Santo *"es las arras de nuestra herencia"* (Efesios 1:14). De modo que al venir aquí, en este momento, el Espíritu Santo es la garantía de que este propósito de Dios va a realizarse. Aunque invisible, Él es la completa seguridad de todo el resto. Dijimos en nuestro último estudio, que la presencia del Espíritu Santo, en unción, para el propósito divino, garantiza de manera positiva la realización de ese propósito, no sólo haciéndolo posible, sino siendo la base de la realidad. ¿Cómo llega a ser Su presencia una realidad? ¿Cómo, más que una doctrina, una verdad o un precepto, llega a una realidad presente?

Dios nos ha dado el Espíritu como las arras; la garantía, la seguridad. El lado positivo comienza con esto: El Espíritu Santo presentado como Señor. "Como Príncipe del ejército de Jehová". Él es presentado en señorío. El lado positivo de las cosas comienza ahí: con el señorío absoluto del Espíritu Santo en medio del pueblo de Dios. Él es presentado y reconocido. Esto no es una verdad objetiva, sino que algo se hace realmente con relación a Su señorío. Josué se rindió en una entrega total.

A esto lleva la cruz. La cruz lleva siempre al señorío del Espíritu Santo. Así es: del Jordán a Su señorío. La cruz lo exige. Si Él no está en Su lugar como Señor y si no hay capitulación, es mejor que usted vuelva a la cruz. Algo ha ido mal. Vuelva y mire de otra manera esas piedras que han quedado bajo las aguas y que suponen representarle a usted. Si Él no es Señor, usted no está conforme a la realidad de la cruz.

Pero aquí, en la interpretación espiritual, se da por sentado que la cruz es realmente un hecho establecido. Aunque existen las faltas y las debilidades de la vida humana (se manifestaron en Josué), aunque hay todavía imperfecciones en nuestra humanidad, con todo, por lo que a nuestro corazón, a nuestra voluntad y a nuestra mente se refiere, la cruz nos ha quebrantado y ha abierto un camino para el Espíritu Santo. Esto es lo que la cruz significa: que el camino del señorío del Espíritu está abierto, y por el señorío del Espíritu, el camino a la plenitud celestial está abierto.

¡Qué profunda diferencia hay entre las "conquistas" (?) hechas por la mano del hombre –digamos los avivamientos hechos por la mano del hombre–, y la obra del Espíritu Santo! ¡Qué diferencia! Este libro de Josué es el libro de las grandes diferencias. La diferencia aquí es tal que el hombre es dejado a un lado. El hombre no puede contar con sus capacidades, no tiene campo aquí, está sencillamente más allá de sus cálculos. El Señor ha introducido Su pueblo en un terreno, donde es diferente del todo a como el hombre hace. Cuando el Espíritu Santo es Señor, usted no tiene que organizar nada para que la obra continúe. No tiene que planificar, idear y hacer proyectos a fin de que siga adelante, que haya un avivamiento, que se haga una obra de Dios. Ella se hace sencillamente. Es la manera de proceder del cielo, y necesita que

esté usted en esa posición. Requiere este gobierno absoluto del Espíritu Santo.

En cada actividad hecha por la mano del hombre, hay siempre el "toque de la tierra": medios, métodos, personas y todos esos trámites para garantizar el éxito. El asunto va con mucho ruido y mucho chirrido. Tiene que tener muchísimo apoyo humano. Con cualquier movimiento puede desvanecerse, si no lo sostiene con algo más. Se derrumbará, si no lo hace.

Nunca es así en una obra del Espíritu. El toque de la tierra siempre significa muerte, siempre significa cesación. El señorío absoluto del Espíritu Santo exige que se termine con el toque de la tierra. Ése es el significado de la orden dada a Josué. "*¿Qué dice mi Señor a su siervo?*" ¿Ve y conquista el país, toma posesión de él y haz entrar el pueblo? De ninguna manera. "*Quítate el calzado de los pies*". 'Quítate los zapatos Josué, y todo lo demás seguirá. Acaba con el toque de la tierra y verás lo que va a suceder. Sólo tendréis que ir alrededor de la ciudad.' No es así que los hombres harían. Piensen en la enorme campaña que se habría organizado para la conquista de Jericó, si se hubiese dejado a la iniciativa de los hombres. No. -Quita el calzado de los pies y verás lo que va a pasar.

Si usted pone en duda esa interpretación, tan sólo tiene que mirar lo que pasó poco después, cuando él se puso los zapatos o cuando se los puso Israel. ¿Qué sucedió con Hai? ¿Qué ocurrió con los gabaonitas? Ellos se habían puesto los zapatos, tocaron la tierra. El resultado fue: parada, compromiso, limitación. Quita el calzado y tenlo alejado. El principio de lo celestial es el del progreso del Espíritu Santo, el de la plenitud espiritual. "*Quítate el calzado de los pies, porque el lugar donde estás es santo*". "No tienes sitio aquí. La tierra, el mundo y los hombres no tienen ningún lugar aquí. Esto es sagrado y santificado para el cielo. Desde este momento, el cielo se encarga'. Sí, hasta del gran instrumento, levantado para servir al Señor, el cielo se encarga. La soberanía en la elección de un instrumento nunca significa que la soberanía ceda el paso a la capacidad humana. Nunca excusa el error en el instrumento. Eso incluso vale para Josué e Israel, pues como ya se dijo, Josué es representativo de todos los santos y de todos los siervos del Señor.

EL PROPÓSITO DE DIOS

ENCOMENDADO AL ESPÍRITU SANTO

Pero observe esta respuesta dada a la pregunta: "*¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?*" ¿De quién eres? ¿De los nuestros, de ellos, de éste, de aquél? 'No; no soy de éste ni de aquél, no soy de los vuestros ni de ellos; estoy por el propósito del Señor'. Ése es el contenido real de la respuesta. 'Yo no estoy por vosotros ni por ellos quienquiera que sean. Yo estoy por el propósito del Señor. No estoy por este trabajo o ese otro que estáis intentando hacer para el Señor. Estoy por el propósito del Señor. El propósito de Dios me ha sido encomendado: el eterno propósito'.

"*No; mas...*" ¡Oh si tuviésemos la fuerza de todo lo que eso implica! Queremos que el Espíritu Santo patrocine nuestras actividades, nuestro trabajo y nuestro ministerio. Preguntamos al Espíritu Santo si Él es "*de los nuestros*". Él nunca dirá que lo es. En un sentido, el Señor es por Su pueblo. "*Si Dios es por nosotros...*" Pero en otro sentido, Él dice: 'Yo no estoy por vosotros sino por Mi propósito en vosotros y a través de vosotros. No por vosotros, como vosotros, a favor de Israel o de Josué, el escogido y ungido soberanamente. No estoy por vosotros, estoy por el propósito de Dios que me

ha sido encomendado.'

Debemos identificar el terreno y el objetivo de la misión del Espíritu Santo. Debemos saber lo que al Espíritu Santo le ha sido encomendado. ¡Cuánto se está hoy día disponiendo y proyectando en el mundo para el Señor! Pero no parece que dé resultado. No parece que el Señor se esté comprometiendo en eso. Debemos, pues, identificar el objetivo del Espíritu Santo.

El objetivo del Espíritu Santo no es de hacer algo en la tierra. No es de establecer algo aquí y ligarse a esta tierra. Establecer algo aquí no es, de ningún modo, Su objetivo. Al Espíritu Santo se le ha encomendado algo que es enteramente celestial, y Su objetivo es de separarlo todo de este mundo, de manera espiritual e interior. Esto debería demostrarse más completamente. Pero noten que es muy importante saber a lo que Dios se comprometerá. Él no se va a encargar de nada que esté ligado a esta tierra. Se encargará sólo de lo que esté ligado al cielo.

EL ESPÍRITU SANTO

CON LA ESPADA DESENVAINADA

Bueno, ahora, estando esto establecido, lo que sigue es de nuevo algo extraordinario. Esta Persona, como Príncipe del ejército de Jehová, está de pie con una espada desenvainada en la mano. ¡Oh esto es batalla, es guerra! ¿No es verdad? Entonces, al instante, el Espíritu Santo se hace cargo y, ante Él, hay una completa capitulación. La batalla está en marcha. No se equivoquen sobre esto. Piensen lo que piensen sobre el bautismo del Espíritu Santo y todo lo que eso pueda implicar, significa conflicto inmediato e incesante. Puede significar otras cosas, pero quiere decir eso: una guerra en la que no hay licencia absoluta, un ejército en el que no hay retreta. Aquí no se jubilarán nunca. Se está hasta el fin.

¿No fue así con el Señor Jesús? Empieza allí, en el Jordán: los cielos abiertos, el Santo Espíritu, el desierto, el diablo. *"Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo"*. (Mateo 4:1). Marcos dice que *"el Espíritu le IMPULSÓ al desierto"*.

Nada más abrirse los cielos para el advenimiento del Espíritu, empezó la guerra en ese día llamado Pentecostés. La Iglesia fue precipitada en el conflicto y, desde entonces, nunca ha salido de él. Si ha salido, ha sido para su propia pérdida espiritual. De algún modo, este señorío del Espíritu Santo conduce inmediatamente a eso. La espada está en Su mano y no será envainada, hasta que la misión esté terminada.

El Espíritu Santo no está interesado en la guerra carnal y física. La guerra, el conflicto, será a Su manera. Será espiritual. Será según el espíritu, pues es por la guerra espiritual que van a ser despojadas las fuerzas espirituales del enemigo. Ésta es una razón del porqué es tan realmente y de verdad una batalla. Lo sabemos. Sabemos que no hay un solo paso de logro espiritual que no sea disputado; ningún movimiento, ni siquiera un gesto en dirección al crecimiento espiritual que no provoque conflicto. Es cierto. Es guerra espiritual. La naturaleza de esta guerra está más allá de nuestra facultad de comprensión. Pensamos que vendrá de modo que la reconoceremos, pero viene de otro modo. Nunca viene donde la esperamos ni de la manera que pensamos. El caso es que rara vez reconocemos al diablo en sus asaltos. Parecen estar muy cubiertos en un accidente o en una desgracia o en algo que va mal. Pero usted no tiene más que juzgar el efecto que le produce en su vida espiritual, para saber que más que

meras circunstancias de la vida, hay una intención e inteligencia detrás. Es la guerra espiritual, la cual ha precipitado la venida del Santo Espíritu.

Entiéndalo; esto explica mucho. Con cuánta constancia el enemigo trabaja por el lado que usted no puede ver. Pienso que probablemente la mayor parte de su éxito hoy día es, en mucho, por falta de comprensión en medio del pueblo del Señor. Al prejuicio se le llama "precaución", a la sospecha "estar vigilante". Nombres buenos para cosas malas. El enemigo es experto en eso. El prejuicio puede ser el punto ciego del ojo (lo que obstaculiza ver claro), que el diablo ha creado en usted. Él ha encontrado la posibilidad de crearlo y está oponiéndose de manera permanente, en el camino de la plenitud espiritual y celestial. En todo el mundo, el pueblo del Señor ha caído en esa trampa. Los prejuicios y sospechas del pueblo de Dios están haciendo resistencia, y frustrando el que haya ensanchamiento y crecimiento espiritual, de un modo celestial. "*Un enemigo ha hecho esto*" (Mateo 13:28).

¿Por qué en la carta a los Efesios, con toda la plenitud celestial presentada y a la vista, y el conflicto espiritual con relación a esto mostrado, el Apóstol ora que sean alumbrados "*los ojos de vuestro entendimiento*"? (Efesios 1:18). ¿Por qué es necesario? A causa de este trabajo de ceguera y de esos puntos ciegos. Porque todo puede perderse por un prejuicio, un poco de mente cerrada, un poco de sospecha, un poco de falso temor, en lugar de confiar en el Espíritu Santo, y conocer la unción, la cual nos enseñará todas las cosas (cfr. I Juan 2:27), y nos mostrará lo que es correcto y lo que está equivocado. A usted le parece que tiene que construirse fortificaciones "por si acaso", pero puede que las esté construyendo contra el Espíritu Santo. Es lo que muchos están haciendo. Ésa es la esfera del conflicto. Es así, espiritualmente. Es muy siniestro y sutil.

Pero hay otro aspecto en este conflicto espiritual. ¿Por qué el *Espíritu Santo* lo provoca? ¿Por qué el *Espíritu Santo* lo precipita? Usted pensaría muy naturalmente que vendría del enemigo pero, ¿por qué el Espíritu Santo lo empieza o da ocasión a ello cada vez? Lo hemos visto en el caso del Señor Jesús: "*Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo*" (Mateo 4: 1), Es una afirmación precisa y positiva. Deliberadamente, pues, el Espíritu Santo toma en Sus manos el asunto para precipitarlo, para provocarlo. Lo hizo deliberadamente con la Iglesia, sabiendo lo que hacía. Es como si el Espíritu Santo dijera: 'Ahora voy a hacerlos entrar de inmediato y directamente en la batalla'.

¿Por qué? Porque esto es un asunto espiritual, una herencia espiritual; porque fuerzas espirituales usurpadoras han de ser expulsadas, pero también porque crecemos espiritualmente sólo por medio del conflicto. Cuando un orador, de pie en una plataforma, nos dice: "Ustedes lo están pasando mal porque el Señor se interesa en ustedes. Se le está permitiendo al diablo que les ataque, porque el mayor interés del Señor es el bienestar de ustedes"; es quizá difícil para nosotros aceptar tal declaración. La próxima vez que el enemigo venga y empiece a hacer su terrible trabajo, usted será el último en decir: "¡Oh! el Señor me ama hoy". Pero ¿no es un hecho, no es conforme a la experiencia, conforme a la historia y, por tanto, conforme al principio, que no progresamos nunca espiritualmente, no crecemos nunca, no avanzamos nunca, excepto mediante el conflicto? Es verdad. La única manera de crecer es teniendo algo que vencer. Es una ley en la naturaleza y en la gracia. Nuestra vida espiritual tiene que seguir, de algún modo, haciendo progresos y no hay progreso sin lucha. ¡Quiera Dios que seamos capaces de verlo así cada vez! Creemos en realidad

que sea verdad, pero pensamos: ¡Oh guardémonos de estar envueltos en esa verdad!

Eso no puede ser. El Señor está interesado en esas personas que *en realidad* están entrando en posesión de la heredad; no en teoría, no de manera doctrinal, no sobre el terreno de una interpretación de la Biblia, sino *realmente*. Cuando usted de verdad viene bajo el dominio del Espíritu Santo, entonces está en el camino de la realidad. El Señor lo acredita como siendo el camino verdadero, y muy práctico.

Jericó es representativo: el gran ejemplo de como será siempre, en principio. En primer lugar, como hemos dicho, usted tiene que tener una posición celestial; no una posición terrenal, no la manera del hombre de hacer las cosas. Ésta es la obra exterior de ese principio que vimos en primer lugar con Abraham, cuando el hombre intentó actuar, y se metió en un lío enorme porque tocó la tierra. De nuevo con Moisés, cuando tomó en mano las cosas y atacó al egipcio y al hebreo, y se encontró en un lío terrible. He aquí la obra exterior de la disciplina. Josué entendió toda esa historia espiritual y, aquí, en Jericó, encontramos que no hay ningún arma carnal, ninguna lógica humana. Nada es dejado al hombre. Si esto no es celestial, no es nada. Las cosas no pasan así en la tierra. Podemos dar la vuelta no sólo siete días sino toda nuestra vida, y nada pasará, a menos que estemos en una posición celestial, a menos que el cielo intervenga. Jericó es el hombre puesto aparte, excluido del todo. Esto es celestial.

Bien, ésa es la base. Inmediatamente después, encontramos esto: que si el enemigo no puede tener éxito con una franca resistencia, probará con tácticas más sutiles. Él no puede triunfar con una franca resistencia, si usted y yo estamos en nuestra posición celestial, y *la guardamos*; y *la guardamos*, pues eso es lo que Jericó significa. No sólo ocuparon su posición celestial el primer día, sino que se mantuvieron en ella, la guardaron y la ratificaron; y el último día, siete veces la sostuvieron, confirmándola. No la abandonaron. No siempre nos abrimos paso el primer día ni el segundo. Se tiene que mantener esa posición por la fe. Cuando esa posición se mantiene en realidad así, el enemigo es derrotado completamente. Cuando él es vencido de esa manera, tiene de algún modo que volver para hacernos fracasar, si lo puede, y entonces obrará con sutilidad.

¿No es lo que sucedió con los gabaonitas? Trabajaron sutilmente para conseguir en alguna parte un toque de la tierra. Con Acán y Hai, el manto babilónico y el lingote de oro, fue lo mismo: un toque de la tierra. Los gabaonitas y el convenio hecho con ellos constituyó un toque de la tierra. No debemos pensar que va a ser siempre una guerra espiritual directa, abierta y clara. Debemos ver dónde está tramando el enemigo el toque de la tierra, dónde hay una introducción de algo que producirá un contacto con lo que es maldito, con lo que Dios no puede seguir adelante.

Ustedes saben, por supuesto, que Gilgal era el lugar de donde ellos salían. Gilgal, el lugar donde el oprobio de Egipto fue quitado, el lugar donde la carne es apartada. Pero ellos no volvieron a Gilgal después de Jericó. Fueron derechos a Hai, mientras que era siempre la costumbre de regresar a Gilgal, después de cualquier avance o conquista: volver a Gilgal para salir de nuevo de Gilgal. Esta vez no regresaron a Gilgal. Siguieron adelante.

Quedémonos cerca de la cruz y no supongamos nunca que podemos progresar porque el Señor nos ha bendecido, nos ha hecho prosperar y tener éxito. Ni por un momento debemos separarnos de la cruz. La cruz no es algo que queda atrás para ser dejado. Es algo para estar con nosotros todo el tiempo. Es nuestra seguridad.

Ése es el camino celestial, la naturaleza entera del camino celestial, el camino a la

finalidad de Dios. Que el Señor nos guarde en ese camino.

Capítulo 8

EL SIGNIFICADO DE LOS LEVITAS CON RELACIÓN A LA PLENITUD CELESTIAL

"Y mandaron al pueblo, diciendo: Cuando veáis el arca del pacto de Jehová vuestro Dios, y los levitas sacerdotes que lo llevan, vosotros saldréis de vuestro lugar y marcharéis en pos de ella" (Josué 3: 3)

En primer lugar, está este fragmento: *"Los levitas sacerdotes que lo llevan"*, que llevan el arca. En eso está la clave de nuestra presente meditación.

En este libro de Josué, se les da a los levitas un lugar importante. Se hace muchas veces alusión a ellos. Es más, hay todo un capítulo que gira alrededor de ellos. Con la ayuda del Espíritu Santo, quiero tratar de darles el significado de los levitas con relación a la plenitud celestial. Muchos de nosotros estamos muy familiarizados con la historia de los levitas pero, para empezar, es necesario que repasemos ese tema rápidamente.

Este libro de Josué nos presenta a los levitas de tres maneras. En primer lugar, como recién hemos visto, llevando el arca del pacto dentro del Jordán y, estándose allí, de pie con ella. Dos mil codos los separaban del pueblo. Una distancia muy grande, como vimos en el capítulo 5. En segundo lugar, el capítulo 14 del libro de Josué hace constar que no se dio ninguna herencia a los levitas. Es decir, que en la repartición de la tierra, a diferencia de las otras tribus, no se les dio una zona particular, no tuvieron ninguna herencia en el país. Pero, en tercer lugar, en el capítulo 21 –el capítulo que se refiere a los levitas–, hallamos que todas las tribus tenían que darles alguna parcela de terreno, un lugar. Los levitas fueron diseminados entre todas las tribus. Su porción, su lugar, no estaba en un sitio solo, todo junto, sino con relación al país entero. De manera que se podría decir que los levitas fueron completamente dispersados por todas partes, en todo el país. Estos tres aspectos, llenos de admirable significado, tenemos sobre los levitas en este libro.

LOS LEVITAS REPRESENTAN EL PENSAMIENTO CELESTIAL

¿Qué significan? Volvamos atrás. Ustedes recuerdan lo que fueron los levitas como tribu, cuando Israel se desvió, hizo el becerro y dijo: *"Israel, estos son tus dioses"* (Éxodo 32:4); y dejaron al Señor. Moisés bajó, oyó y vio. Destruyó el becerro y *"se puso Moisés a la puerta del campamento, y dijo: ¿Quién está por Jehová? Júntese conmigo. Y se juntaron con él todos los hijos de Levi. Y él les dijo: Así ha dicho Jehová, el Dios de Israel: Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad y volved de puerta a puerta por el campamento, y matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente. Y los hijos de Levi lo hicieron conforme al dicho de Moisés"* (Éxodo 32:26,28). Sacrificaron todas las consideraciones terrenales al interés celestial; rompieron todas las relaciones terrenales por el pensamiento celestial; mataron todo sentimiento natural, toda

emoción, todo lo que era meramente del alma por los intereses que habían gobernado la salida del pueblo de Dios. Porque estaba en el pensamiento de Dios que fuese un pueblo celestial y no enredado así en el sistema terrenal de este mundo. Ya en eso vemos a los levitas representar el pensamiento celestial de Dios. Fue algo muy radical y absoluto que tuvieron que hacer, ¿no es verdad?

Recuerden que el Señor nunca lo olvidó. Justo al final del Antiguo Testamento, en el libro de Malaquías, refiriéndose al asunto de Baal-peor (cuando Finees, en favor de los intereses celestiales se mantuvo firme en la posición originalmente tomada, con motivo del becerro de oro (cfr. Número 25), el Señor dijo: *"Mi pacto con él (Leví) fue de vida y de paz"* (Malaquías 2:5). *"No reconoció a sus hermanos"* (Deuteronomio 33:9). O sea, que no miró con simpatía ni a los de su propia sangre, cuando éstos se apartaron de los altos pensamientos de Dios. Dios hizo pacto con Levi.

Así, en el comienzo mismo, los levitas fueron seleccionados y separados del resto de Israel, al tomar el lugar de los primogénitos de Israel. Llegaron a ser la tribu de los primogénitos de Israel. Esto nos trae en seguida a la memoria este pasaje de la epístola a los Hebreos *"...os habéis acercado... a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos"* (Hebreos 12:22,23). Aquí está de nuevo el pensamiento celestial: los primogénitos que están inscritos en los cielos; los levitas, el pensamiento celestial.

Ahora bien, dijimos en el capítulo 5 que había esta distancia de dos mil codos. No podemos determinar en la actualidad, la medida exacta, pero la distancia era al menos de más de un kilómetro y posiblemente de mucho más; un gran espacio entre el arca y el pueblo, indicando la inmensa distancia entre Cristo y todos los demás en esta obra de salvación, de redención, de liberación. Pero, *los levitas llevaban el arca*. Dirán ustedes: *"¿No es eso una contradicción? Cristo está en solitario aislamiento de todos"*. Pero, ¿ven ustedes el principio del levita? Representa lo celestial. Esto es el Cristo celestial. Ése es el principio de los levitas, allí, llevando el arca. Esto no es sólo el Cristo terrenal, el Jesús de la historia, un hombre entre los hombres, aunque inmensamente mejor. Esto es El Celestial.

Si quieren ustedes que se demuestre ese principio, recuerden el incidente en los días de David, cuando consultó a los capitanes y a todos los jefes para traer el arca, y que para ello mandó hacer un carro. Esa idea la tuvo de los filisteos, quienes así habían hecho. Pusieron el arca en un carro y resultó en tragedia. Uza murió delante de Dios. *"Y David tuvo pesar, porque Jehová había quebrantado a Uza"* (1 Crónicas 13:11). Pero siendo como era, siempre ajustable al Señor, no tuvo una larga controversia con el Señor ni el Señor con David. David volvió al Señor y probablemente intentó argüir, pero el Señor ganó el argumento. El Señor lo llevó a las Escrituras y le mostró que los levitas eran los que debían llevar el arca. No son las máquinas ni las organizaciones, sino un pueblo celestial que ha de llevar el testimonio de Jesús.

Así que los levitas están llevando el arca. Este aspecto de lo celestial es el principio de la función del levita, y eso es, desde luego, la razón por la que no tuvieron una herencia en la tierra. Ellos no pertenecen a la tierra; pertenecen al cielo. No van a echar raíces por aquí; pero aun así, como hombres que representan las cosas celestiales, van a ser repartidos entre todo el pueblo de Dios para guardar el pueblo en contacto con el cielo. El pueblo de Dios es muy propenso a volverse terrenal. Ése ha

sido el peligro y la tragedia de la Iglesia a través de los siglos; siempre tendiendo hacia esta tierra, volviéndose algo aquí a imitación del hombre, según las ideas de este mundo.

EL SEÑOR NECESITA LEVITAS EN MEDIO DE SU PUEBLO

Ahora venimos a nuestro tema. Dios tiene que tener a los que han pasado por los sufrimientos, por la cruz, por el sacrificio, por la obra profunda de separación, que no han cedido a consideraciones de sentimiento ni de interés terrenal; los que se han mantenido y están manteniéndose totalmente y a toda costa en Su pleno pensamiento celestial, referente a Su Hijo y a la Iglesia. Él tiene que tenerlos, y tiene que dispersarlos en todas partes, y ponerlos en una relación vital con Su pueblo, a fin de impedir que este pueblo sucumba a esa tendencia hacia la tierra, que llegue a atarse al mundo.

EL CUARTEL GENERAL ESTÁ EN EL CIELO

¿No ven ustedes que eso fue exactamente lo que sucedió en el tiempo del Nuevo Testamento? Es muy fascinante verlo. En el Nuevo Testamento, los tipos y figuras han quedado atrás. Supongo que algunos de ustedes están más bien cansados de los tipos y figuras. Es algo grande ver la realidad. Cuando llegamos a los Hechos de los Apóstoles, encontramos que todo esto se repite. ¿Qué ha pasado? Se empieza con el Señor Jesús en el cielo: el cuartel general en el cielo. Todo gobierno está ahora en el cielo. Entonces el Santo Espíritu viene a hacerlo todo celestial, a gobernar todo con relación al cielo. Es de eso que hablábamos en nuestra última meditación: El Príncipe del ejército de Jehová que viene para ponerlo todo con relación al cielo, para que todo proceda del cielo.

Un poderoso movimiento del cielo tuvo lugar primero en Jerusalén, y los acontecimientos siguieron. Pero noten la tendencia después de un tiempo. La historia nos está narrada en pocas frases, pero cubre un período muy considerable. Después de un tiempo, Jerusalén tendió hacia la tierra, y no sólo tendió sino que empezó, en realidad, a ser el cuartel general terrestre de la Iglesia. Según la orden del Señor, Jerusalén era para ser tan sólo el principio, el sitio del comienzo: "*comenzando desde Jerusalén*" (Lucas 24:47). La intención no fue nunca de que Jerusalén fuese algo exclusivo y final, pero se constituyó ella misma en una especie de cuartel general para gobernar la Iglesia. Vemos esa tendencia desarrollarse, conforme seguimos leyendo el libro de los Hechos. Miremos un poco a Pablo, el hombre celestial, y veremos que él rechazó a Jerusalén.

Cuando llegamos al capítulo siete (la muerte de Esteban), es ahí el fin de Jerusalén. Desde ese momento, el cielo reafirma: "No; ningún cuartel general terrestre. El cuartel general está en el cielo". Poco después fueron todos esparcidos fuera de Jerusalén. Sacudidos y arrojados del nido, salieron en todas las direcciones. Adondequiera que iban, fuese Felipe o el que fuese, daban testimonio del celestial Señor, introduciendo el lado celestial de las cosas. Sí, estos levitas están puestos con relación al mundo entero, para mantener las cosas de manera celestial. Es así que se desarrolla.

El capítulo nueve nos relata un enorme movimiento del cielo. Saulo sale de Jerusalén camino de Damasco. Por supuesto, Jerusalén es su cuartel general. Lleva poderes del Sumo sacerdote y de los gobernantes. Según él, Jerusalén gobernaba; pero antes de llegar al final del viaje, descubre que el gobierno está en el cielo y no en Jerusalén. Los cielos se abren, una luz del cielo y una voz del cielo vienen allí, y ése es el fin de lo terrenal para Saulo de Tarso. Desde ese momento, es un hombre celestial. Miren cómo este hombre anduvo después y siempre con relación al cielo. Esto merecería que se siguiera hasta el final con todo detalle, pero he aquí un poderoso levita.

Y, entonces, no es más Jerusalén sino Antioquía. El Señor se ha ido de Jerusalén a Antioquía. Antioquía es algo espiritual muy puro. Jerusalén ha venido a ser el centro cristiano oficial, pero en Antioquía no hay nada oficial. Lo que hay en Antioquía que substituye ahora a Jerusalén, es un grupo de hombres que están ayunando y orando. El cielo interviene y el Espíritu Santo dice: *"Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado"* (Hechos 13:2). Ustedes ven que esto es algo que tiene relación con el cielo. Es maravilloso.

Podríamos seguir así dando pruebas. Pero ¿para qué? ¿No está muy claro que desde el punto de vista de Dios, en la mente de Dios, todo está proyectado para estar relacionado con el cielo y gobernado desde el cielo? La plenitud celestial es Su objetivo para Su pueblo, o sea, hacer de ellos un pueblo celestial y llenarlos de Su plenitud celestial. Justo al final vemos la Nueva Jerusalén, no la vieja sino la nueva, que descende del cielo, de Dios, con gran plenitud celestial. Es algo inmenso. Es eso Jerusalén: doce mil estadios en cada dirección (cfr. Apocalipsis 21:16). Aquí hay gran plenitud. Todas las naciones van a sacar sus recursos de ella. El fruto de su árbol de vida, las aguas de su río de vida, son para todas las naciones. Su luz es para todas las naciones. *"Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella"* (Apocalipsis 21:24). Ésta es la plenitud celestial por la que el Señor habrá estado trabajando todo el tiempo.

Él está trabajando ahora en ustedes y en mí. A veces pienso que somos dos personas, una aquí y una en el cielo. Naturalmente, estamos aquí, pero hay algo de nosotros que está "subiendo" todo el tiempo. Es cuando el Señor está obteniendo en nosotros algo más del cielo. Se está guardando allí arriba. ¿No es eso, tal vez, lo que el Señor quería decir cuando se refería a sí mismo como *"el Hijo del Hombre, que está en el cielo"* (Juan 3:13) aun cuando estaba en la tierra? Hay un aspecto de nosotros que está creciendo en el cielo. No piensen acerca del cielo como de algún remoto planeta. Estamos creciendo en ese pensamiento celestial de las cosas. Algo de nosotros está "subiendo".

Creo que la Iglesia es como eso. La Iglesia real es algo invisible. Usted no sabe, excepto por el Espíritu, lo que la Iglesia realmente es. No puede decir que las personas que asisten a un cierto lugar son la Iglesia; no puede decir que las personas que profesan ciertas doctrinas y verdades cristianas son la Iglesia. Pueden ser o no pueden serlo. Pero si se reúnen en el Espíritu –y eso es algo intangible–, usted tiene allí la Iglesia. La Iglesia es así, y ese es su carácter celestial. Eso "va subiendo", por así decirlo, todo el tiempo, y después va a descender del cielo, en plenitud. Se está edificando ahora de esa manera. Es la voluntad de Dios que sea así.

Pero mi opinión ahora es que el Señor debe tener esa clase de representación, sea en individuos o en grupos, para ponerlos aquí juntos a todo Su pueblo, de modo que éste siga en contacto con el cielo, que tenga siempre a la vista las cosas celestiales. Una de las funciones de los levitas era de enseñar la palabra de Dios, es decir, de mantener el pueblo del Señor en contacto con el pensamiento de Dios. Eso es funcional, no oficial. No hace falta llamarse un levita corno tampoco "reverendo". No aceptemos títulos, pero agarremos los principios. Si aquí, en esta tierra, estamos manteniendo a los creyentes en contacto con el cielo, si estamos ligados a las cosas celestiales, si nuestra presencia edifica a los creyentes —no necesariamente nuestra predicación, no porque digamos: "Ven ustedes ahora esto y esto...", sino nuestra presencia, porque encarnamos la vida celestial, su naturaleza y su plenitud—, si vienen para ver el pensamiento más completo de Dios porque lo vivimos, somos levitas sin el título, y eso es lo que el Señor debe tener.

Esto puede ser por medio de individuos. El Señor dispone de Su pueblo. En este mismo libro vemos que el cielo disponía del pueblo, de las familias y decía: 'Vosotros estaréis aquí, este es vuestro lugar'. El Señor dispondrá de ustedes de manera soberana, y pondrá a algunos en Alemania, a otros en Holanda, en Inglaterra, en América; y si Él ha dispuesto de sus vidas, ustedes estarán allí por designación celestial, para ser un enlace con el cielo e impedir que las cosas espirituales se establezcan al nivel de esta tierra.

Eso, desde luego, es también el significado de las iglesias en el Nuevo Testamento. La idea divina es esa: tener grupos de personas del pueblo del Señor, colocados aquí y allá por todas partes, como un ministerio levítico corporativo, para mantener el cielo cerca y las cosas cerca del cielo. ¡Oh que cada iglesia fuese así, manteniendo las cosas cerca del cielo!

Bueno, ése es el principio. Mucho más se podría decir. Nos podríamos poner ahora a examinar todas las epístolas del Nuevo Testamento y ver la obra exterior. Empezaríamos con Romanos 12:1, pues aquí tenemos un principio levítico: *"Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo"*. Eso es levítico, el sacrificio vivo, no conformado a este mundo. Podríamos seguir así hasta el final. Pero la gran conclusión de nuestras meditaciones es que tenemos que estar aquí con relación al cielo, bajo el gobierno del cielo, introduciendo las cosas celestiales. Estamos ejerciendo el ministerio con relación al cielo. Debe ser tan verdadero en cuanto a nosotros, en nuestra capacidad y en nuestra vocación, como lo fue de Pablo; teniendo una visión celestial y no siendo desobedientes a ella. ¡Qué no debemos a ese querido hermano por su sacrificio y por todo lo que sufrió por las cosas celestiales! Pero ¡qué fiel al cielo fue hasta el fin! Encarcelado, encadenado y hablando nada más que de los lugares celestiales.

¿Dice usted que su situación es demasiado difícil para introducir el cielo? Bueno, hay situaciones difíciles. La situación de Daniel era difícil. Sus tres compañeros estaban en una situación difícil; pero introdujeron el cielo. Una gran frase en el libro de Daniel es: *"...el cielo gobierna"* (Daniel 4:26). Y lo demostraron. El cuartel general está en el cielo, no en Babilonia ni en Roma ni en Jerusalén ni en otra parte cualquiera, sino en el cielo. Que el Señor nos ayude a vivir hasta el fin en conformidad con el cielo.

Y, ahora, al final, una vez más traemos a la vista el objeto específico de estos mensajes.

Dios no tiene más que un propósito que le dará entera satisfacción, y es: "la plenitud de Cristo". Esa plenitud está destinada a ser hallada en un pueblo sacado de las naciones. Por ese pueblo en esa plenitud, Él se propone gobernar la creación en las edades venideras. Esto no se conseguirá de buen o mal grado, sino sólo por el conflicto ahora, y por un coste infinito.

Todos los que "salen" no "entran" en esto último. Muchos no irán hasta el final, no satisfarán todas las condiciones "haciendo firme su vocación y elección", pero entrarán en el Reino para heredar en medidas diferentes: más pequeña o más grande.

Hasta la plenitud del propósito, los pioneros son necesarios, y el camino de los pioneros es un camino particular; cargado de experiencias, de sufrimientos, de perplejidades y de pruebas que otros conocerán poco.

Pero Dios *debe* tener Sus pioneros individuales o corporativos, y estos son:
LOS QUE SIGUEN ENTERAMENTE AL SEÑOR.